

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 22 de Diciembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Algunas ideas sobre empréstitos.....	Carlos E. Restrepo	La sombra de Wilde.....	A. Hernández Cata
La razón.....	R. Brenes Mesén	La novela perdida.....	Sherwood Anderson
El taxi de la presidenta.....	Andrenio	Pasión y muerte de José María Vélez-Gomara.....	Luis Jiménez de Asúa
¿Quién derrotó a Smith?.....		Corazones franceses: San Vicente de Paul..	Gabriela Mistral
Página lírica.....	Miguel Angel Asturias, A. H. Pallas, Alfonsina Storni, Max Jiménez, Alberto Guillén y Frco. Amighetti	El indio del desierto.....	José Mía. Salaverria
		Referencias.....	Guillermo Jiménez
		Tablero (1928).....	

LA academia de ciencias políticas de la universidad de Columbia dedicó sus *Actuaciones* correspondientes al mes de enero último, al estudio de *Los Estados Unidos como nación acreedora*, y consagró una parte de la revista a *Los problemas de inversiones en el exterior*.

Buena porción de esos estudios—hechos por profesores, banqueros y otros hombres de ciencia norteamericanos— analizan los empréstitos destinados a Centro y Suramérica. Son de tan innegable importancia y nos tocan tan de cerca algunas de las ideas emitidas por aquellos expertos, que vale la pena de reproducirlas.

Lo que dice el banquero Sr. Ray Morris.—El señor Ray Morris, banquero de profesión, socio de Brown Brothers, de Nueva York, y uno de los directores del Banco de la Reserva Federal durante la guerra, analiza las inversiones en la América del sur. Declara que en las hechas en Cuba, Puerto Rico, Haití, Santo Domingo, las Islas Virgenes, Nicaragua y Panamá, los Estados Unidos han procedido más bien como «propietarios» que como prestamistas; a veces, fundándose en estatutos legales, a veces en otros muy dudosos.

Para el señor Morris, la conducta de los Estados Unidos en sus inversiones en las repúblicas situadas al sur de Panamá, ha sido de respeto y amistad, a pesar de que aquéllos se han visto sujetos a mucha suspicacias y severas críticas por parte de estas repúblicas, con motivo de la política desarrollada al norte del canal.

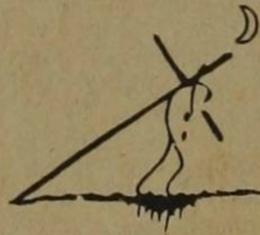
Analiza con mucho acierto las condiciones que pueden hacer a un país de Suramérica digno o no de recibir empréstitos del exterior; y desde luego niega tres factores como fundamentos principales del crédito, a los cuales suele darse entre nosotros exagerada importancia:

El crédito de una nación, dice el señor Morris, no se basa sustancialmente en sus deudas *per capita*, esto es, que a menor deuda no corresponde siempre mayor crédito. La deuda de la Argentina se estima en \$ 82 *per capita*; la del Brasil, en \$ 57; la del Paraguay, en \$ 27; y la del Uruguay, en \$ 150; sin embargo, el crédito del Uruguay es de los más firmes en Suramérica; y el del Paraguay, de los más restringidos.

Tampoco descansa el crédito, únicamente, en una balanza de comercio favorable ni en un presupuesto equilibrado: «La balanza

Algunas ideas sobre empréstitos

=De El Espectador, Bogotá=



comercial puede ser muy buena y el crédito muy malo; mientras que, al contrario, un país puede tener normalmente una balanza comercial visible en su contra mientras que positivamente mejora su posición con empréstitos posteriores, si éstos son reproductivos y no meramente inflativos. Los presupuestos equilibrados son, naturalmente, deseables, si son honrados. Pero muchos países solventes de relativo alto crédito, fueron inhábiles para balancear sus presupuestos, por medio de impuestos, en los años de reconstrucción que siguieron a la guerra; pero luego los empréstitos bien empleados fueron para ellos una causa de fortaleza y no de debilidad. Una permanente incapacidad para equilibrar los presupuestos por medio de impuestos y otros recursos internos, es un síntoma peligroso; un déficit accidental, ocurrido bajo condiciones no permanentes, no tiene, por fuerza, una importancia particular».

El señor Morris, más que a otra causa, atribuye la consolidación del crédito de una nación a la escrupulosidad que haya tenido en el cumplimiento de sus obligaciones internacionales, al «past record on debt service».

Como ejemplo típico en la observancia de tales obligaciones, cita a Chile, que no ha faltado ninguna vez, en cien años, al servicio de su deuda, y que en la guerra civil de 1899, tanto el presidente Balmaceda como su antagonista el congreso, diciéndose cada uno el representante legítimo de la nación, reclamaban la prerrogativa de cubrir los cupones de la deuda exterior. Y aparecen como ejemplares de una conducta diametralmente opuesta la Rusia soviética, repudiando su deuda de 1.700.000.000 de libras esterlinas de capital y 744.000.000 de intereses; y el estado de Misisipi, en los Estados Unidos, desconociendo la suya por un estatuto constitucional.

Recomienda el autor a los banqueros norteamericanos que hagan el más cuidadoso y discriminado estudio en

cada caso de empréstito que se les presente con los países de la América del sur. No quiere decir que haya nubes actuales en el cielo económico de Suramérica, ni que determinado país tenga ya demasiado dinero prestado; lo que desea «es que ningún estado de la América del Sur reciba tanto dinero que produzca en él inflaciones generales o locales, acompañadas por un recargo insoportable en los impuestos, o por crisis que han sido particularmente agudas en los países de la América latina».

En el estudio a que nos referimos se da la debida importancia al problema de la intervención del gobierno de los Estados Unidos en la concesión de los empréstitos y a la supervigilancia en su cumplimiento; y se declara que los pareceres se hallan divididos en aquel país, apuntando que una fuerte corriente de la opinión pública teme las complicaciones diplomáticas que pueden sobrevenir con los métodos coercitivos. El autor se inclina a preferir los empréstitos sin conexiones con el gobierno, en gracia de la armonía que debe reinar entre los Estados Unidos y las repúblicas del sur.

Estudia el señor Morris la suprema significación que tienen el uso o el abuso que se haga del dinero tomado. Cita, al efecto, casos de empréstitos para estas repúblicas en que o se les ha dado una inversión distinta a la prometida o se han malgastado en obras emprendidas sin previo estudio o deficientemente controladas.

Es este último el mayor peligro que tenemos para Colombia por la ausencia o escasez de tales estudios y por la flojedad o desidia en la fiscalización de las obras públicas emprendidas. Lo peor que podría sucedernos sería el incurrir en el caso señalado por el señor Morris, de mostrarnos como país menos pronto en el pagar que conspicuo en el prestar.

Piensa él que, con el tiempo, los banqueros prestamistas harán la debida y salomónica separación entre los prestatarios que pagan y los que no pagan. Mas pensamos nosotros que indudablemente los banqueros serios y honorables sí harán la distinción debida; pero tememos que no la hagan ni la necesiten los bucaneros que no faltan y que se hacen pagar con retazos de soberanía.

Lo que dice el senador Carter Glass.

—El señor Carter Glass, actual senador por el estado de Virginia y ex-secretario del tesoro, hace excelentes consideraciones sobre «supervigilancia del gobierno en los empréstitos exteriores».

Apunta que no fue sino de 1922 para acá (bajo la administración de Harding) cuando se inició esta práctica, que es mala en sí, ilegal e inconstitucional.

El departamento de estado — afirma el senador Glass— tiene tanto derecho de intervención en los empréstitos privados que hacen en el exterior los bancos de los Estados Unidos como en las ventas de mercancías que los productores de este país hacen a los clientes extranjeros. Esto es, no tiene ningún derecho.

Sin embargo, desde marzo de 1922 virtualmente todos los empréstitos con destino al exterior han sido revisados por el departamento de estado, a lo cual se han sometido los banqueros por sugestión del mismo departamento.

El actual presidente de los Estados Unidos ha fundado esa intervención en el derecho que tiene el ejecutivo de dirigir, sin control, las relaciones exteriores del gobierno. «Parece increíble, comenta el señor Glass, que persona que tiene la costumbre de pensar con tanta claridad y de tan fino sentino común, como el señor presidente, haga semejante afirmación. Es verdad que la constitución confiere al congreso—no al presidente—la facultad exclusiva de regular el comercio con los países extranjeros. Pero es ésta la primera vez en la historia de la república que se inventa la teoría de que las relaciones exteriores comprenden los negocios privados... Tal práctica no está respaldada por ninguna disposición constitucional, implícita ni explícita, ni por ley alguna del congreso».

Duda el senador Glass de que en el departamento de estado haya peritos que puedan saber más que los banqueros para decidir qué empréstitos les convienen y cuáles no, y teme que «si los extraordinarios procedimientos financieros de ese departamento han de continuar», haya preferencias indebidas para favorecer los empréstitos iniciados por determinado grupo de banque-

ros y para rechazar los propuestos por otros.

El ejercicio de esta usurpada facultad, aun ejercida del modo más correcto, acarreará al gobierno sanciones y obligaciones morales que serán, y han sido, descarriadas e injustas. No; hay que dejar «que los banqueros hagan estas negociaciones bajo su propia responsabilidad, y a su solo riesgo, y los que en este país comprenden bonos extranjeros, tomados por banqueros americanos, no deben respaldarse en el departamento de estado».

Concluye el senador Glass señalando el hecho de que esta indebida intervención del gobierno federal es una nueva prueba de la peligrosa centralización de poderes a que ha tendido el ejecutivo de los Estados Unidos en los últimos años, centralización que «no sólo compromete los derechos de libertad y propiedad... sino que es una clara usurpación de autoridad, injusta y peligrosa».

Lo que dice el Editor de *The Nation*, de New York.—De los que intervinieron en las *Actuaciones* de la academia de ciencias políticas en el último enero, es, sin duda, el señor Lewis S. Gannet quien habla con más franqueza y claridad. Lo respaldan sus títulos de graduado en Harvard y de editor de *The Nation*, de New York.

Los conceptos del señor Gannet pueden resumirse así:

Aun a los ciudadanos americanos que no tenemos la menor participación en los empréstitos bancarios, nos es permitido abrigar sobre ellos algunas dudas y escrúpulos. Cuando nuestros banqueros contrataron empréstitos en Santo Domingo y Haití, hicieron declaraciones francas en el sentido de que el gobierno de los Estados Unidos se hacía responsable de ellos por la percepción de determinadas rentas en aquellos países. También nos consta que en reciente contrato de empréstito al Salvador, se estipuló que en caso de diferencia entre las partes decidiría el presidente de la corte suprema de justicia; y los banqueros, al expedir las circulares del empréstito, afirmaron: «Naturalmente, no puede imaginarse que después de que un juez federal haya decidido una diferencia entre los tenedores de bonos y

el gobierno del Salvador, el de los Estados Unidos no dé los pasos necesarios para sostener la decisión».

Como consecuencia forzosa de la ilegal e inconstitucional intervención del gobierno de los Estados Unidos en los empréstitos extranjeros, él asume una enorme responsabilidad moral, de tal modo que hay razón para concluir «que ninguna firma americana puede prestar dinero a un país extraño, sin comprometer la posición de los Estados Unidos. Un banquero no puede, bajo las circunstancias actuales, viajar por el extranjero y discutir empréstitos, sin envolver a los Estados Unidos en complicaciones internacionales. La política del gobierno y las circunstancias del momento, hacen de ese banquero, más que un ciudadano particular, un embajador oficioso. Y ésta es una posición muy peligrosa».

Lo peor de todo—iusiste el señor Gannet— es que ni en este país ni en parte alguna se sabe hasta qué punto el gobierno de los Estados Unidos va a extender su protección en materia de empréstitos e inversiones en el exterior; sólo sabemos que, de hecho, sólo interviene para proteger la vida y la propiedad de los americanos en los países pequeños. De este modo, y bajo las condiciones actuales, la más pequeña e inocente inversión puede comprometernos en una pequeña guerra.

No faltan—agrega el autor—ejemplos de esos compromisos en la historia contemporánea. De acuerdo con el testimonio de los mismos responsables, rendido ante el comité de relaciones exteriores del senado, nuestra intervención en Nicaragua comenzó en 1914 por una protesta de los representantes de los banqueros prestamistas ante el departamento de estado porque las autoridades de Nicaragua habían tomado una locomotora y dos carros de plataforma—propiedad americana—. Y nuestro actual dominio en Nicaragua empezó por el aparente e inocuo negocio de desembarcar nuestros marinos en un puerto «para la protección de la vida y la propiedad de los americanos». Mientras sostengamos la doctrina de que «la bandera sigue a la inversión», nos mantendremos comprometidos en estos conflictos internacionales.

Yo quisiera—concluye el señor Gannet— que discutiéramos estas tres proposiciones:

1.^a—Que el departamento de estado renuncie al semicontrol que ejerce sobre inversiones en el exterior y abandone la política actual de exigir a los bancos americanos que le sometan a su aprobación los empréstitos externos.

2.^a—Que en lugar de esto se adopte la política de obligar a los bancos americanos que hacen empréstitos para el exterior, a que publiquen los contratos que celebren al efecto, a fin de que el público conozca las causas que pueden llevarlo a posibles complicaciones. «Sospecho que ciertos contratos para Centroamérica no se hubieran celebrado si sus autores hubieran contado con esta publicidad».

3.^a—Que los americanos que hacen inversiones en el exterior no esperen del gobierno de los Estados Unidos, en los países donde hagan las inversiones, una protección mayor de la que reciben los ciudadanos de estos países.

Conclusiones aplicables a los países latinoamericanos.—Fundándonos en doctrinas tan autorizadas como las expuestas, que son ciento por ciento americanas, como dicen allá arriba, deducimos las siguientes conclusiones, que no pueden ni deben olvidarse en toda la América Latina, y particularmente en Colombia:

1.^a—Hay que conservar vivos en la mente y en el corazón estos dos hechos, que para

La razón

El Hogar Cristiano al explicar el Evangelio del segundo domingo de Adviento, escribe: «Pero en llegando a los dogmas revelados, la razón tiene que rendirse; y este es su acto más racional; reconocer su límite. No que falte la verdad, sino que ella, la razón, no puede más».

«Hay en el orden natural tantos misterios. ¿Se habrán de negar, sólo porque no hemos llegado a comprenderlos?»

Así está bien claro. Sólo que la cultura presente no sólo no se resigna a semejante abdicación de la personalidad humana, sino que revelándose contra ella, proclama la necesidad de conocer racionalmente todas las cosas. El hecho de que haya todavía muchas cosas inexplicadas, innegables, no arguye nada en favor de la tesis sustentada por *El Hogar Cristiano*.

Cuando nos encontramos en presencia de algo no explicado, nuestra experiencia de los fenómenos de la naturaleza conocida nos permite juzgar que hay un fenómeno anterior o concomitante que lo ha producido. Desconocemos la causa, pero sabemos que existe.

Cuando el hombre es ignorante acepta los hechos que ve y sabe o siente que exis-

te una causa que los produce. Pero es capaz de creer que esa causa se halla fuera del orden de cosas naturales: así nace la superstición.

Argüir que la razón debe doblegarse es afirmar que la credulidad supersticiosa tiene derecho a existir, puesto que no es otra cosa que la abdicación de la razón.

No. Prediquemos por donde quiera que en el mundo en que vivimos la razón es suprema; porque aun cuando yerra es capaz de salir del error.

La superstición es inmoral. Los hombres que trabajan por moralizar no deben dar lugar a fortalecer la credulidad supersticiosa de nuestro pueblo, diciéndole que su razón no alcanza a explicarse las cosas y que jamás se las explicará. Por el contrario, invitándolos a pensar es como los hombres de nuestros campos no darán crédito a las brujerías y a tantas otras mentiras que los charlatanes les hacen creer.

Si la razón constituye toda la fuerza del hombre, ¿con qué fin se pretende arrebatársela?

Hombres del campo y de la ciudad, lo primero es la razón, lo último es no confiar en ella.

nosotros son indiscutibles: necesitamos capitales extranjeros para desarrollar nuestras riquezas potenciales; la introducción de esos capitales implica un peligro para la soberanía nacional. Hay medios de satisfacer aquella necesidad y de evitar este peligro.

2.^a—Es requisito imprescindible al iniciar la contratación de un empréstito en el exterior, hacer «previamente» un estudio muy serio y muy científico de la obra u obras a que va a destinarse, levantando planos y presupuestos lo más exactos posibles.

Si los municipios, los departamentos y la nación cumplieren estas formalidades, prospectarían sus empréstitos sobre bases firmes; y en caso de que éstos no llegaran a legalizarse, les quedarían estudios útiles y utilizables en cualquier tiempo.

3.^a—Hay que mantener la más severa fiscalización para impedir que a los dineros de los empréstitos se les dé una inversión distinta de la presupuesta o se dilapiden en las obras contratadas, por falta de orden, de economía o de honradez.

4.^a—Prescindir valerosamente de los empréstitos externos—por urgentes que sean las mejoras a que hayan de destinarse—si no hay absoluta certeza de servirlos con escrupulosa regularidad. Servicio que exija una destinación mayor del 20 o del 25 por ciento de las rentas normales de una entidad, implica un peligro cierto de no cumplirse, y, en tal caso, el empréstito no debe contratarse.

5.^a—No hay factor que determine con mayor seguridad la solidez del crédito de una persona jurídica o natural, que el fiel cumplimiento de las obligaciones contraídas.

6.^a—El equilibrio de los presupuestos y la honradez en su formación y aplicación, alejan los riesgos de incumplimiento por parte del deudor.

7.^a—Es base deleznable en la contratación de empréstitos la de confiar su pago a impuestos exorbitantes o extraordinarios.

8.^a—El departamento de estado de los Estados Unidos controla todos los empréstitos que los americanos del norte hacen a Centro y Suramérica.

9.^a—Los Estados Unidos, nuestros posibles prestamistas del momento, están dispuestos a intervenir por la fuerza en las repúblicas centro y suramericanas, siguiendo su política actual de «proteger la vida y la propiedad de sus ciudadanos.»

10.^a—Por todo lo expuesto, y en especial por los peligros evidentes que corre la soberanía nacional con la contratación de empréstitos externos, es de necesidad absoluta que nuestro gobierno los controle todos, con la más vigilante severidad, así se trate de los municipios, de los departamentos o de la nación misma.

Sería llevar el concepto de la autonomía municipal y departamental al más peligroso absurdo, invocar esa autonomía para sostener que el gobierno nacional no debe fiscalizar escrupulosamente los empréstitos que inicien esas entidades. Si el gobierno de los Estados Unidos, poco menos que omnipotente, controla operaciones hechas por personas particulares, por temor de complicaciones internacionales, y eso contra la constitución y las leyes, cómo pretender que el gobierno de Colombia no vigile contratos celebrados por entidades públicas, cuando no hay para ello inconveniente legal ni constitucional, y sabiendo todos que los peligros a que los empréstitos exponen nuestra soberanía son actuales, indiscutibles e inminentes?

Como se colige de las ideas expuestas, no somos enemigos irreconciliables de los empréstitos. Lo que pensamos, deseamos y pedimos ahincadamente, en nombre de la integridad patria, es que tales operaciones no se hagan a la ligera, sin causa de visible utilidad pública, sin previos estudios y

sin que acompañen a su inversión integridad y ciencia.

Insistimos: el aporte de capital extranjero es para nosotros una necesidad peligrosa por la posibilidad de las intervenciones; más podemos evitarlas tomando las precauciones racionales y honradas que dejamos expuestas.

Cuanto al derecho mismo que alegue cualquier potencia para intervenir en la más leve materia que afecte la soberanía nacional y a la obligación que tengamos de permitir la intervención es asunto que los hijos de estas repúblicas no debemos permitir que se discuta siquiera, así como no podríamos tolerar que se discutiera el honor de nuestras mujeres.

La paz, el comercio y la amistad de las repúblicas latinas de América con los Estados Unidos, son un imperativo impuesto por la economía, la geografía y la historia, pero aquellos tres lazos de unión no son admisibles ni viables sino sobre estas bases que,

como condición *sine qua non*, acaba de exponer el doctor James Brown Scott en un artículo dedicado al fomento de las relaciones entre las «dos Américas»:

«Los países de América latina desean relaciones amistosas con los Estados Unidos. Desean que los Estados Unidos los estimen porque tienen por ellos una admiración bien fundada, y quedaría asegurada la simpatía de esos países si sintieran por parte de Norteamérica una apreciación exacta de sus dificultades, de su progreso y fe en sus prósperos destinos, que ellos también tienen como inevitables. Les gustaría asociarse a los Estados Unidos más bien que a cualquiera otra nación, hasta el punto de cada país de la América latina preferiría esta asociación del reconocimiento de igualdad intelectual, igualdad social e igualdad política, no sólo sobre el papel sino en cada acto internacional, en toda divergencia ocasional. Con este reconocimiento, todo es posible; sin él, nada».

Carlos E. Restrepo

Julio de 1928

El taxi de la presidenta

=De La Libertad. Madrid=

MADAMA Poincaré, cuando sale de compras, toma un taxi como cualquier señora particular que no posee carruaje propio. La razón de que la señora del presidente del Consejo de Ministros de Francia gaste tan poco boato es doble. La dotación de gasolina oficial no es espléndida, por las economías que ha sido forzoso introducir en el presupuesto, y, fuera de eso, M. Poincaré, por un escrúpulo de delicadeza, no quiere que el *auto* oficial se emplee en usos domésticos.

Bien sé que esos rasgos de austeridad republicana les parecen a muchos afectados y ridículos. «¡Bah! ¡El chocolate del loro!», dice tal escéptico. Y otro, que no quiere tomar estas cosas a broma, asegura que el Poder público necesita lustre y esplendor hasta en sus allegados, y que una excesiva economía le vulgariza y le priva del efecto imponente y suntuario conveniente para que produzca efecto en las imaginaciones.

El término *Poder público* es una expresión corruptora y ambigua que ha arraigado en el vocabulario político como una planta parásita y que está marcada con el sello de las ideas del antiguo régimen. El Poder, en el mecanismo político, no es lo principal, sino lo instrumental y secundario: el medio para que la función pública, se cumpla y venza las resistencias que se ofrezcan a su obra de utilidad común. *Poder* suena demasiado a fuerza, a imposición, a imperio. Función es palabra más modesta. Sugiere la idea de una delegación social ejercida por funcionarios, por servidores de la causa pública, que no son propietarios de la función, sino agentes de ella, y a los cuales se otorga el poder, autoridad o facultades necesarias para cumplir su encargo, como se entrega a un operario la herramienta.

Pero no nos alejemos demasiado del *taxi* de la señora presidenta. Es indudable que Francia no se arruinaría porque el jefe del Gobierno tuviera varios *autos* con gasolina ilimitada y no se privaran de usarlos sus familiares. Con todo hay que reconocer que el Estado, desde el punto de vista financiero, es como un empresa donde la economía en los gastos de administración no es desdeñable. Pero lo principal en la sencillez y austeridad de una administración republicana y democrática no es el ahorro,

sino el cambio que implica en la concepción de las funciones públicas y de sus titulares.

Cuando el Poder se considera de origen divino, o fundado en una prescripción histórica, o en un privilegio de herencia, o acaso en el viejo título jurídico de la ocupación, el titular aparece como un ser de excepción, como el señor o la encarnación viviente de la colectividad. Un papel tan encumbrado sugiere ideas de fausto, de esplendor, aunque ya no tenga circulación la añeja idea de que el imperante es el dueño de la comunidad, señor de vidas y haciendas. No hay idea de desnudez, de desposeimiento mayor del individuo que aquella que expresan nuestros clásicos cuando al defender lo más íntimo del individuo, el honor, dicen, como Calderón en *El Alcalde de Zalamea*:

Al Rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

Lo temporal, del Rey; lo espiritual, de Dios: el individuo aparece como un puro ser de deberes a quien nada le pertenece, a menos... A menos que intervenga una interpretación heterodoxa, que no estaba en el ánimo del dramaturgo, y Dios se tome como personificación del ideal moral que se ha formado el hombre de su misión en la vida. Aun con esta misma interpretación libre, la entrega de la vida y la hacienda implicaban una situación precaria, de servidumbre.

Estas ideas no tienen ya circulación más que en el teatro y en algunas mentes fosilizadas; pero han dejado supervivencias. Se ha contado en versiones diferentes la anécdota del rústico que se paró delante del Palacio Real de la capital de su nación para ver al Rey, y no quería creer que el monarca era un señor vestido sencillamente de paisano que salió en un coche. Creía que le engañaban, y que el verdadero Rey era un majestuoso suizo que ostentaba una gran casaca bordada cruzada por una bandolera y llevaba un gran bastón de ceremonia. El señor del coche no le parecía muy diferente del médico o el notario de su pueblo y no respondía en modo alguno a la idea resplandeciente que él se había formado del Rey.

Muchos piensan como el rústico y creen

que la autoridad pública debe, en efecto, brillar, resplandecer, presentarse con mucho aparato y suntuosidad, como un lujo y un adorno de la comunidad. El pueblo ingenuo, anterior al socialismo, se enorgullece de las carrozas y de los caballos de la Corte como de un lujo suyo que hacía palidecer de envidia a los extranjeros; sentía confusamente que un reflejo de aquella pompa doraba sus andrajos. Así como el fetichismo religioso se complace en adornar sus imágenes con opulentas joyas, capital muerto para la caridad, el fetichismo político quería también que sus ídolos deslumbraran con el fausto. A la idea de eminencia, de superioridad, se asocia la ilusión intimidatoria de la cimera. La cimera en el casco del guerrero antiguo tenía por fin hacerle más terrible, más alto, más imponente, para amedrentar al enemigo. Los chinos han sido los

últimos en conservar en la milicia los disfraces de intimidación, hasta que llegó a ellos la iniciación occidental y comprendieron que un buen fusil sirve de más que un terrorífico dragón pintado.

Mas cuando cambia la noción del Estado y la que predomina es la idea del servicio público, y no la del imperio o la dominación, no hacen falta ya la cimera ni el fausto.

Por el contrario, son cosas sospechosas y fuera del lugar. El presidente de los Estados Unidos, de la nación más rica y más fuerte del mundo—del mundo actual—, no necesita tener uniforme, ni Corte, ni aparato suntuoso. Puede vivir en una residencia menos lujosa que las de los multimillonarios y cobrar un salario (así se llama) que parecería ridículo a un príncipe balcánico. El *taxi* de la señora presidenta pertenece a la misma psicología.

Andrenio

¿Quién derrotó a Smith?

AUNQUE muchos, no es difícil enumerar todos los factores que contribuyeron a la derrota de Al Smith: religión; prohibición; conservatismo, o sea miedo de la gente al cambio; regodeo de la prosperidad como ideal supremo de la mayoría y creencia supersticiosa de que los republicanos son los únicos capaces de mantenerla; odio a los elementos recientes y a las ideas nuevas; tradiciones puritanas; *bootleggers*; *snobbery*; lo que los pedantes llaman mal inglés del Gobernador de Nueva York; Tammany Hall; la gordura de Mr. Smith; el empeño de las mujeres de *hacerse sentir esta vez*; la filantropía y eficiencia de Hoover, etc, etc.

Lo que resulta difícil y tal vez hasta imposible, es decir en qué proporción influyeron estos factores el 6 de noviembre pasado. Cada uno de ellos reclama el crédito para sí. Si uno oye a un seco, es la Anti-Saloon League; si a un Klu-Kluxer, es el Klu-Klux Klan; si a una mujer, el voto femenino; si a un hombre de negocios, la tarifa; si al Dr. Stratton, Dios. De todos ellos quizá sea el Reverendo Pastor de Calvary Church el que anda más cerca de la verdad. No porque yo piense que Dios tuvo nada que hacer en el asunto, sino porque las iglesias protestantes invocaron tanto su favor durante la campaña para destruir al candidato católico, que la gente, como Dios no dijera nada, tomó su silencio como señal de asen-

timiento y votó por Mr. Hoover para evitar que el Papa sentase sus reales a orillas del Potomac.

Es natural que los protestantes no quieran confesar, ni siquiera a sí mismos, que fué su fanatismo el factor determinante de la derrota del candidato democrático. Los hombres, aunque dominados siempre por pasiones, se niegan a llamarlas por su nombre. Creo que fué Anatole France quien observó que las más de las veces lo que ellos llaman deber no es más que el imperativo del odio.

Mientras escribo tengo a la mano un número del *Fellowship Forum*, periódico que se publica en Washington, con una caricatura grotesca de Al Smith seguido de una procesión de borrachos, *grafters*, curas, *bartenders*, y el propio Pontífice Romano. Esa caricatura es apenas una muestra de la clase de propaganda que costó a Smith la pérdida del Solid South, tradicionalmente demócrata, pero también tradicionalmente protestante antes que demócrata.

Smith hubiera podido hacerse perdonar sus otros *handi caps*, desde su temeraria aseveración de que la ley seca es una farsa hasta su falta de cultura literaria y refinamiento social. Las maestras de escuela que se escandalizan de sus *ain'ts* y defectos de pronunciación no hubieran sido bastantes a derrotarlo. Multitud de gentes (obreros y estudiantes sobre todo) respondían con en-

tusiasmo a su palabra, y cuando Smith andaba en el oeste evangelizando a los *farmers*, se quedaban en vela hasta la una o dos de la mañana para oír en el radio sus discursos nutridos de argumentos y caldeados de elocuencia; y entre los profesores y hombres de letras había muchos con él porque los que de veras saben no le dan mayor importancia a esas minucias gramaticales y pensaban que un estadista no nace cada cinco minutos como los *suckers* que decía Barnum, y no era cosa de despreciar a un Al Smith, maravillosa conjunción de genio político, honradez, carácter, valentía y sinceridad, sólo porque no es un favorecido de las gracias académicas.

Cavour, el más grande de los hombres de estado italianos, no era un literato que digamos. Sus contemporáneos le hallaban muchas faltas a su dicción, pero no le encontraban falla a su lógica y á su sagacidad, y decidieron aprovecharse de sus servicios para hacer a Italia libre, unida y fuerte.

Lo que Al Smith sí no pudo hacerse perdonar fue su religión. Esta era una objeción contra él más fuerte que los discursos de Borah, la barbita apostólica de Hughes, la Anti-Saloon League, la leyenda filantrópica de Hoover, el odio a Tammany Hall, el mal inglés, la tarifa, y el *brown derby*. Quien le derrotó fué Martín Lutero, un monje alemán que murió hace más de cuatro siglos.

Boston, Mass.

*

Amigos chapelaundis...

Amigos chapelaundis: Hace veinte años en San Juan Pie de Puerto, comencé a escribir esta novela, *Zalacáin, el aventurero*, que ahora se está filmando en Behovia.

La escribí por entretenerme, para pasar el rato, y la terminé en unas pocas semanas.

Como la mayoría de mis libros, tuvo poco éxito. Al cabo de algún tiempo me pareció notar que en esa novela escrita a la ligera había puesto yo, sin proponérmelo, un ideal caro de mi vida.

Todos tenemos un ideal que se proyecta con más o menos claridad en forma de deseo o de sueño.

Ese Zalacáin, ese pequeño montañés, que no tiene más patria que sus montes ni más dogma que la conciencia de su vida y de su fuerza, que no quiere compararse con nadie, porque de la comparación no puede venir más que la tristeza y la envidia, ese fiero aldeano que no siente deseo de vivir en las grandes ciudades habitadas por príncipes y por esclavos, que resiste sin saber que resiste a la fuerza omnipotente del dinero y a la absorción romanosemítica del mundo, me produce, a pesar de no ser quizá más que una sombra, un sentimiento de humana cordialidad.

Hoy ya no lo considero como hijo mío, ni aún como allegado, sino como algo extraño a mí, y realmente así es.

Perico Larrañaga, que lo representa y le da nueva vida ahora en la pantalla, está más cerca de él que su autor.

El autor se alejó hace tiempo de toda posibilidad heroica de pensamiento y de obra. No es ya más que un animal melancólico que se contenta con vivir con un poco de dignidad, cosa no siempre fácil. Los Zalacáin, si existen en esta época, tienen otra órbita y no se cruzan con nosotros.

Ahora, amigos chapelaundis, salud. Y como no pensamos en ser heroicos, sino en ser buenos beocios y buenos bebedores, levantemos la copa alegremente y recordemos la frase humorística de Escaligero dedicada a los pueblos que confunden la v con la b:

Felice populi quibus vivere est bibere,
(Felices pueblos para quienes vivir es beber).

Pío Baroja

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

CERVEZAS	REFRESCOS	SIROPES
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA.

Página lírica

Escrita para el *Rep. Am.*

Antigua, ciudad antigua

Rúas, de alacranes viejos
los balcones y de hielo
el llamador en las puertas
por donde salieron todos

los de la familia muertos:
seis paquetes bajo flores
y los seis paquetes juntos,
juntos en el cementerio.

Caminos desentendidos
del valle, que se encaraman
a ver la Ciudad en alto
—cada montaña una rama—:

callada en ruina de iglesias,
sin campanas en las torres,
como parada ¡qué miedo!
en los dedos de la muerte.

Amores de media luna,
huele-denoche de estrellas,
un ronrón muerto en la tapia
sigue brillando en la noche:

lámpara que se confunde
al celo de los que llegan
a desnudar a sus novias
para vender azucenas.

Por rúas, lonjas de luna,
van despertando las monjas,
murieron de una en una
y todas despiertan juntas.

Las manos esconden presto
como si fueran robadas,
albor de rosa lejana
les quema un cohete en la cara.

Los candaditos de plata
de sus senos nunca abrieron
¿Qué tesoro guardarían
con dos candados de plata?

Precioso son en el cielo
celeste de la mañana.
Los árboles han salido
a juntar sol en sus ramas.

Sol para echarlo en el río
y que se vaya en el agua
temblando por tempranero,
todo dorado en las huertas.

Aquí la calle se pierde,
una esquina que la muerde
la hace salir corriendo
hacia el campo, destrozada;

sirvienta de casas viejas
que se adorna con sollozos
y con zoguillas de niños
sentados en las aceras.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

París, 1928.

La ballade que le poete fit a la requette de personne

(Fue proclamada princesa del mar
Elga Caldera Pallais)

Francijammesca Luz de Mañana Dormida!
Arbol de Buena Sombra! Pasan los adjetivos,
gramaticales pajes de obediencia cumplida,
y sonríe la niña. Los puntos suspensivos,

saltadoras ardillas de la repetición,
saludan y la niña, princesa de acuarelas,
oye regocijada la moderna canción,
de mi verso desnudo que busca las estelas

y los siete silencios de los mares bretones
y el dulce infinitivo, navegar, navegar...
etcétera, la niña Luz de los Corazones,
cantará la ternaria letanía del mar,

cuando lea mis versos. En voz baja y en voz
alta y en voz mediana, siempre será lo mismo.
Como dice la Biblia: la Palabra de Dios
hablando, con silencios de amor, en el abismo.

Es nuestro corazón sagrado mar interno
y el mar nuestro profano corazón exterior
y sacros y profanos son los dos el eterno
compás de las criaturas, de babor a estribor.

Aquellos pescadores del Nuevo Testamento!
y Homero Naves Negras y Rojas y Simbad...:
estremecida está la historia, por el viento
doble de los dos mares. Esta duplicidad

maravillosa, Don Quijote y Sancho Panza,
en Cervantes; domada por Shakespeare, oyes
[una
como recién nacida loca desesperanza,
que gotea nocturnos bajo la verde luna.

Aquella verde luna de Hamlet! Elsenor!
y el mar está muy cerca! y el corazón mecido
por nuevas ilusiones, de babor a estribor!
mientras Yorick deshoja palabras sin sentido.

A. H. PALLAIS, Pbro.

Costa del Manzano, Abril de 1928.

Sierra

Una mano invisible
acaricia calladamente
la pulpa comba
de los mundos rodantes.
Alguien, a quien no comprendo,
me macera el corazón
de dulzura.
En la nieve de agosto
se abre el sol
—sonrisa precoz de la primavera,—
la flor inicial del duraznero.
Tendida en la cresta ocre
de la sierra,
una helada
mujer de granito
aulla al viento
el dolor de su seno desierto.
Y en mis párpados,
una lágrima más antigua
que mi cuerpo,
es mi única compañera.

ALFONSINA STORNI

(La Nación, Buenos Aires)

Amanecer en el Golfo

(Golfo de Nicoya)

Dulce,
suave,
amable vaivén de cuna,
de los cielos se desprende
palida luz de luna.

De reposo,
generoso,
blando lecho de las aguas,
limpido cristal regazo
en que se duermen las barcas.

Rítmicas,
pálidas,
cual roce de suave mano,
aves desde las palmas
se lanzan al oceano.

Palidece,
empobrece,
en luz, la luz de una estrella
cual alma que al fin perece
tras prolongada querella.

Arquitectónico,
geométrico,
volar triángulo de pájaros,
redivivo pitagórico
reencarnado en el albatros.

Puras,
albas,
se arbolan las velas blancas
en busca de otras playas,
se alejan lentas, lentas las barcas...

Enhiesto,
altivo
se eleva azul el monte
cual gigante que ha salido
desde el lejano horizonte.

Se modula
y tornasola
y en fracaso de colores,
cada bruna y frágil ola
a la tierra ofrenda flores.

Vago,
ya lejano,
ante el Sol se ha desmayado
de la noche el regio arcano;
lentamente se ha ocultado,
vago...
ya lejano...
de la noche el regio arcano.

MAX JIMÉNEZ

San José, Costa Rica

Caín y Abel en una niña

¿Recuerdas aquellas tardes hoy cenizas
en que cegabas mi cabeza
con la hoz de tu beso
y caían mis sueños en tu falda
como trigo en la era?

Yo te decía:
—Hagamos un porvenir querida
con mi beso y tu arcilla

tu No se alzaba ante mi labio como el ángel
que puso Dios en la puerta sur del paraíso

mi suspiro ceñía
tus muslos como el brazo de un hombre
pero mi beso
ola y ola empeñada regresaba hecho trizas
desde el acantilado de tu liga

sinembargo sinembargo
aunque en tus ojos nunca pasó un Sí
como un velero blanco
sinembargo... ¿qué iba a decir?

Tengo las manos llenas de recuerdos...

por la ventana cejijunta
el Misti era como un grito
tirado al cielo por un niño

daban las seis en el Convento de Francisco
mi lobo corazón
devoró dos corderuelos
en el redil de tu corpiño

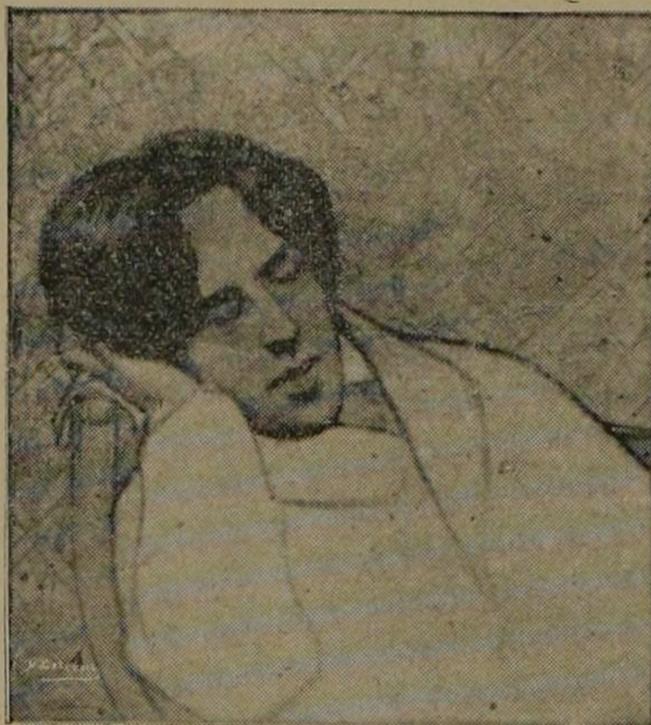
(Ahora entre paréntesis:
tú tuviste una niña
mis Caínes
matarán a tus Abeles en su vida).

ALBERTO GUILLÉN

Lima, Perú

La sombra de Wilde

=De La Voz, Madrid=



Oscar Wilde

MERGED a los apéndices puestos por su traductor D. Ricardo Baeza, la obra de Frank Harris, *Vida y confesiones de Oscar Wilde*, constituye en su versión española el libro más completo que hoy puede leerse acerca del poeta que mereció llamarse rey de la vida no tanto por haber vivido días deslumbradores de dominio cuanto por haber medido, en el reverso del infortunio, el fondo de la miseria humana. El libro del escritor inglés, conocido ya desde 1914 por cuantos siguen la trayectoria de la obra y de la memoria wildeanas, adquiere con esos apéndices, presididos por una sinopsis de la vida del poeta, valor extremo; y ofrece a la meditación, por lo menos a la del articulista, esta idea: A la sombra de Oscar Wilde nadie pudo desarrollar una fuerza absoluta de bien.

Lo que el pueblo califica, con su sentido sintético, de «mala sombra», lo tuvo, con la amplitud primigenia de la frase, aquel hombre marcado por los dioses con el signo equívoco de la intersexualidad y con los destellos de la fantasía y las gracias de la palabra. Una frase suya, dicha en los días solares en que era difícil predecir el ocaso, graba el estigma de fugacidad, de anormalidad que ha de socavar su existencia: «He puesto mi talento en mis obras y mi genio en mis conversaciones.» ¡Triste confesión para quien sabe que las conversaciones se diluyen en aire, mientras la obra escrita lucha desde el papel contra el olvido siglos después de no quedar restos de la mano que la escribió.

Recorridos con atención los datos de esa existencia, en la perspectiva de tiempo—y de conocimiento se dirá sin exacta justicia—se advierte en todos un hálito dramático. Como las musas parecieron escogerle durante unos años para hacer de él talismán vivo, semidiós envidiado de hombres, luz resplandeciente junto a la cual las débiles luminarias de la paciencia y el talento se oscurecían, la justicia humana lo escoge después para cobrar en su persona el tributo a la soberbia de la inteligencia, a la embriaguez de la nombradía, a la trasgresión cínica, de las lentas leyes con que la sociedad se asegura contra las individualidades excesivas. Y no ya cuando, tras los dos años de ser en la cárcel de Reading el «C. 3», pretendió ser Sebastián Melmoth en lugar de

Lázaro, que habría sido su nombre oportuno, sino cuando en los salones de Londres dictaba lecciones de elegancia, para el hombre dotado de brújula moral infalible la sombra de Wilde hubo de tener algo turbador posiblemente atribuido a la diferencia existente entre lo burgués y lo estético; mas, en verdad, hija de la diferencia irreductible entre el Mal y el Bien.

Un detractor interesado de Wilde dijo que era la mayor fuerza de perversión viva en su tiempo; otro detractor desinteresado de André Gide ha dicho que el escritor francés es nada menos el Diablo. Un poco de tiempo, un poco de diferencia de medios de fortuna, un poco de diferencia en el sentido de la publicidad y la diversidad de nacionalidades procuraron a los dos escritores destinos divergentes. No se trata aquí del mérito de la obra artística—enjuiciamiento que llevaría a largas consideraciones,—

sino del humano destino. En Inglaterra libros como *Corydon* y *Si le Grain ne meurt* habrían concluido con un hombre. Tiene Wilde en cuanto toca a lo punible de su vida, una puerilidad, una jactancia infantiles; en tanto, Gide habla y procede con una especie de sinceridad apasionada y helada. En el uno hay siempre espíritu de tropo; en el otro, siempre mucho de compulsación científica. Y sin embargo, releendo a ambos, se advierte que el inglés debió ser más inocente, más verdadero en cada minuto. Infeliz en todos los usos de la palabra, vió en torno a su segunda vida de hijo de Jairo desplomarse esperanzas y gratitudes; y luego, si los espíritus desencarnados siguen sus huellas humanas, habrá visto cómo en torno a su memoria deserciones y tergiversaciones salpican de lodo su losa. Nadie en derredor de él, ni aún los más adictos, representan la angélica lealtad impoluta.

No ya Douglas, su amigo y enemigo, sino quienes se inclinaron hacia su amistad con fervor, se corrompen: Robert Ross, su testamentario, inventa una escena repugnante que envilece la agonía y se atribuye el heroísmo macabro de bajar a la fosa a acomodar el féretro cuando fué trasladado de sepultura; Frank Harris, para asegurar la no persecución en Inglaterra de su libro, le añade un prefacio donde la figura de lord Douglas se exalta a costa de la del desventurado protagonista; Gide no es en su terrible folleto *in memoriam* todo lo veraz, todo lo cómplice que aparece muchos años después en el capítulo de *Si le Grain ne meurt*, transcrito por el Sr. Baeza. ¡Pobre Wilde! ¡No tuvo ni buenos amigos ni buenos enemigos!

De su mala sombra han beneficiado muchos hasta después de muerto el poeta. El fulgor demoníaco de su obra se ha convertido en cepo editorial. Y quien quiera conocer una vida y una inmortalidad trágicas hallará doloroso deleite en esta obra, traducida con fidelidad y enriquecida con apéndices que multiplican su valor por el escritor contemporáneo que ha dedicado a la obra wildeana más entusiasta y paciente esfuerzo.

A. Hernández Catá

DECÍA que todo había sido como un sueño.

Un hombre así, un escritor. Trabaja meses, y quizás, años en un libro y no escribe una sola palabra. Quiero decir que su mente está trabajando. Lo que va a ser el libro se edifica a sí mismo y luego se destruye.

En su fantasía, hay figuras que se mueven en todos sentidos.

Pero se me olvidaba algo. Hablo de cierto novelista inglés que tiene alguna fama, de algo que una vez le ocurrió.

Me lo contó un día en Londres, mientras caminábamos. Habíamos estado juntos algunas horas. Recuerdo que estábamos en el malecón del Támesis cuando me habló de su novela perdida.

Me había venido a ver al hotel temprano en la noche. Habló de ciertos cuentos míos: «Casi da usted con algo, a veces», me dijo.

Convinimos en que nadie ha llegado nunca a dar con—con eso. Si alguien alguna vez lo alcanzó, si alguien realmente hubiera dado en el clavo, ¿qué sentido tendría intentar hacer nada después?

Pero, les diré, de los viejos, alguno llegó

La novela perdida

=De 1928. Habana. Cuba.=

muy cerca. Keats, ¿eh? Y Shakespeare. Y Jorge Borrow y De Foe.

Nos pasamos media hora revisando nombres. Fuimos a comer juntos y después paseamos. Era un hombrecito negro, nervioso, con mechaz ásperas que le salían de bajo el sombrero.

Empecé a hablar de su primer libro.

Pero he aquí una breve reseña de su historia. Pertenecía a una familia de agricultores pobres en una aldea inglesa. Era como todos los escritores. Desde chico quería escribir. No tenía educación ninguna. A los veinte años se casó.

Debió de ser una muchacha muy respetable, buena. Si recuerdo bien, era la hija de un sacerdote de la Iglesia Establecida.

Precisamente la clase que no debía haber buscado. Pero ¿quién nos dirá a quién hemos de amar ni con quién nos casaremos? Estaba por encima de él en situación. Había ido a un colegio de mujeres; estaba bien

educada. No dudo de que le tenía a él por un hombre ignorante.

«Me consideraba un hombre dulce, también. ¡Al diablo con ello!», decía hablando de eso. «No soy dulce; odio la dulzura.»

Habíamos llegado a esa suerte de intimidad, paseando en la noche de Londres, entrando de vez en vez a una taberna a beber. Recuerdo que cada uno de nosotros cogió una botella, temiendo que cerraran las tabernas antes de que termináramos de hablar.

Lo que yo le conté de mí mismo y de mis propias aventuras, no lo recuerdo.

Lo cierto es que él había querido hacer de su mujer una especie de pagana, y no estaba en ella el serlo.

Tuvieron dos chicos.

Y entonces, de repente, él rompió a escribir—vamos, a escribir de veras.

Ya ustedes saben cómo son estos hombres. Cuando escriben, escriben de verdad.

Tenía él no sé qué puesto en su villa inglesa. Creo que era una especie de escribiente.

Como estaba escribiendo, descuidó, natu-

ralmente, su puesto, su mujer, sus hijos. Solía caminar por los campos, de noche. Su mujer regañaba. Por supuesto, ella estaba desolada—no era para menos. Ninguna mujer puede soportar enteramente la manera absoluta con que un hombre que ha sido su amante la deja caer cuando se pone a su trabajo. Quiero decir un artista, claro. Pueden ser amadores de primera. Puede que sean los únicos amadores. Y son de una crueldad absoluta cuando se trata de echar a un lado el amor personal directo.

Ya se imaginarán ustedes aquel hogar. El hombre me contaba que había un pequeño cuarto arriba donde vivían por aquel entonces. Eso era mientras él estaba todavía en la aldea inglesa.

Solía llegar de su trabajo y subir al piso superior. Subía y cerraba la puerta con llave. Muchas veces no se detenía a comer, y a menudo ni siquiera le hablaba a su mujer.

Escribía, escribía, escribía y tiraba.

Entonces perdió su empleo. «Al diablo», dijo cuando habló de ello. No le importaba, por supuesto. ¿Qué importa un empleo? ¿Qué importan una mujer, un hijo? Tiene que haber alguna gente cruel en el mundo.

Pronto, no hubo prácticamente nada que comer en la casa. El estaba arriba, en aquel cuarto, escribiendo. La casa era pequeña, y los chicos lloraban. «Los mocosos», decía hablando de ellos. No era eso lo que quería decir, por supuesto. Yo sabía lo que él quería decir. Su mujer solía ir a sentarse junto a la puerta detrás de la cual él estaba trabajando. Lloraba audiblemente y el niño que tenía en brazos lloraba.

«Una alma paciente, ¿eh?», me decía el novelista inglés cuando me lo contaba. «Y un alma buena, además», decía. «¡Qué se vaya al diablo!», dijo también.

Porque, verán ustedes: él había empezado a escribir sobre ella. De ella era de quien su novela trataba, su primera novela. Con el tiempo, puede que resulte ser también la mejor.

Tal ternura de comprensión—de sus dificultades y de sus limitaciones, y una manera tan casual, tan brutal, de tratarla—personalmente.

Bueno, y si tenemos un alma que valga la pena, ¿eh?

La cosa se puso de tal manera que no estaban un momento juntos sin reñir.

Y entonces, una noche, la pegó. Se le había olvidado echarle el cerrojo a la puerta del cuarto en que trabajaba. Ella entró explosivamente.

Y justo en el momento en que él estaba logrando alcanzar algo de ella, alguna comprensión de la rectitud de ella. Cualquier escritor comprenderá lo difícil de su situación. Furioso, se lanzó sobre ella, le pegó, la arrojó al suelo.

Y luego... Pues luego ella se separó de él. ¿Por qué no? Sin embargo, él concluyó su libro. Era un libro de verdad.

Pero vamos a su novela perdida. Me contó que había venido a Londres después que su mujer le dejó, y se puso a vivir solo. Se le ocurrió escribir otra novela. Ustedes habrán comprendido que se había ganado estimación, aplauso.

Y la segunda novela fué tan difícil de escribir como la primera. Es posible que ya estuviera muy agotado. Y, desde luego, estaba avergonzado. Avergonzado de cómo había tratado a su mujer. Intentó escribir otra novela para no estar siempre pensando. Y me contó que, durante todo el año o los dos años siguientes, las palabras que puso en el papel eran de madera. Nada vivo.

Meses y meses así. Se aisló de la gente. Bueno, ¿y los chicos qué? Le mandó dinero a su mujer, y la fué a ver una vez.

Me contó que estaba viviendo con la familia de su padre y que había ido a la casa del padre y la había sacado. Fueron a

Un crepúsculo...

un crepúsculo es una fiesta como todas las fiestas con un poco de tristeza flotando

los árboles estilizan sus ansias y del paisaje nace una bandada de acuarelas

en el pecho de la montaña se refugia el éxtasis

el arlequín del crepúsculo salta el cordel lírico del horizonte.

FRANCISCO AMIGHETTI

San José, Costa Rica

caminar por los campos. «No podíamos hablar», me decía. Ella empezó a llorar y me llamó loco. Entonces yo le eché una mirada, como aquella vez que le pegué, y ella se volvió y echó a correr hacia la casa de su padre, y yo me vine.»

Habiendo escrito ya una espléndida novela, quería, naturalmente, escribir algo más. Me contaba que tenía todo género de caracteres y de situaciones en la cabeza. Solía sentarse a su mesa horas y horas y luego salir a la calle a caminar, como él y yo estábamos caminando aquella noche.

Pero nada le salía bien. El tenía una especie de teoría sobre sí mismo. Decía que la segunda novela estaba dentro de él como una criatura sin nacer. Le remordía la conciencia por lo de su mujer y sus hijos. Decía que los quería, pero que no deseaba volver a verlos.

A veces le parecía que los odiaba. Una noche—me contó—después de haber estado luchando así y mucho después de haber dejado de ver gente, escribió su segunda novela. Fué de esta manera:

Toda la mañana se la había pasado sentado en su cuarto. Era un pequeño cuarto que había alquilado en un barrio pobre de Londres. Se había levantado temprano, y sin desayunarse empezó a escribir. Y nada de lo que había escrito aquella mañana sirvió tampoco para nada.

A eso de las tres de la tarde, según su costumbre, salió a pasear. Llevó consigo mucho papel de escribir. «Tenía la idea de que empezaría a escribir en cualquier momento», me dijo.

Fué caminando hasta Hyde Park. Era una mañana clara, brillante, y había gentes paseando juntas. Se sentó en un banco.

No había comido nada desde la noche

anterior. Sentado allí, ensayó un truco. Más tarde me enteré de que un grupo de poetas jóvenes, en París, se había dado a lo mismo con profunda seriedad. El inglés intentó lo que llaman «escritura automática». Puso el lápiz al papel y le dejó escribir lo que quisiera.

Por supuesto, el lápiz escribió un revoltillo de palabras absurdas. Y dejó el truco. Se quedó allí sentado en el banco, mirando fijamente a los que pasaban frente a él. Estaba cansado, como un hombre que por mucho tiempo ha estado enamorado de una mujer que no puede conseguir. Pongamos que hay dificultades. El está casado, o lo está ella. Se miran el uno al otro con promesas en los ojos, y nada pasa. Esperan, esperan. La mayor parte de la gente pasa la vida esperando. Y, de pronto, me dijo, comenzó a escribir su novela. El asunto era, claro, hombres y mujeres—amantes. ¿Qué otro tema hay para un hombre semejante? Me dijo que debió de haber estado pensando mucho en su mujer y en su crueldad hacia ella. Escribió y escribió. Pasó la tarde y llegó la noche. Afortunadamente, había luna. Siguió escribiendo. Me contó que había sido el más intenso escribir que jamás hiciera o esperara hacer. Pasaron horas y horas. Y él, sentado en aquel banco, escribiendo como un loco.

Se escribió la novela de una sentada. Luego se fué a casa, a su cuarto. Me contó que nunca se había sentido tan feliz o satisfecho en su vida.

«Pensaba que le había hecho justicia a mi mujer y a mis hijos, a todos y a todo», me dijo.

Dijo que todo el amor que tenía en su ser había ido a la novela.

Se la llevó a casa y la puso en su mesa. Qué dulce sentimiento de satisfacción, haber logrado—eso.

Salió luego de su cuarto y encontró un paraje de los abiertos toda la noche, donde pidió algo de comer. Después que recibió alimento, se puso a caminar por toda la ciudad. Cuánto tiempo caminó, no lo sabía.

Luego se fué a casa a dormir. A esa hora era ya de día. Durmió todo el día siguiente.

Me contó que, al despertarse, se le ocurrió echar una ojeada a su novela.

«En realidad, yo sabía todo el tiempo que no estaba allí», me dijo. «En la mesa, claro, no había más que cuartillas de papel en blanco.»

«De todas maneras», dijo, «de esto estoy seguro: Nunca volveré a escribir una novela tan bella.»

Por supuesto, se echó a reír cuando lo dijo.

No creo que haya muchos en el mundo que sepan exactamente de qué se reía.

Sherwood Anderson

Trad. de Mañach.

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

LA SASTRERÍA AMERICANA

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de **¢ 4.50 c/u.**

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la SASTRERÍA AMERICANA son los de más fina calidad.

J. PIEDRA & Hno.

Lado Oeste de Foto Hernández

Meditaciones de un lector

Pasión y muerte de José María Vélez-Gomara

=De La Libertad. Madrid=



Alfonso Hernández-Catá

Una novela de Alfonso Hernández Catá.—No pretendo invadir áreas ajenas a mis cotidianas preocupaciones. Lejos, pues, de mi designio componer una crónica de crítica literaria. Otras estilográficas más versadas en tales faenas comentarán la recientísima novela de Alfonso Hernández Catá, *El Ángel de Sodoma*, que se instala hoy tras la cristalería de los librerías, editada con elegancia. Pero mis afanes de lector vigilante que procura airear el hermético recinto especialista abriendo las ventanas de su espíritu sobre el campo luminoso de la literatura, han ensanchado mis horizontes mentales, trayéndome la convicción de que en psicología acaso calan más hondo los poetas y los novelistas que los técnicos encerrados en el angosto ambiente de una rama científica.

En esta novela de Alfonso Hernández Catá, como en casi todas las páginas de su literatura de minorías selectas, el dolor y la muerte son los protagonistas. Encerradas en el maravilloso continente de un estilo grave y correctísimo llegan las ficciones de Catá a sus lectores. De sus libros han huído los episodios de amor fácil, y con una honradez ejemplar jamás hace concesiones al gran público, ávido de episodios desenlazados placenteramente. En *La muerte nueva*, y en *El bebedor de lágrimas*—sus dos novelas mayores—y en sus cuentos maestros, Catá deja a sus criaturas entregadas al destino triste de sus vidas y muertes atormentadas, sin que la mano del progenitor se interponga en el desenlace. Por eso mismo sus obras van transidas de un fluído humano que hace a sus personajes hombres y mujeres de carne y sangre con los que el lector se identifica hasta sentirlos fuera del papel y verlos moverse sin albedrío en mitad de los conflictos vitales.

Los más destacados seres que crea Catá son *bebedores de lágrimas*, de lágrimas ajenas o de llanto propio. A José María Vélez-Gomara, el *ángel de Sodoma*, le estamos viendo constantemente sorberse los lagrimones de sus verdes ojos.

El Ángel de Sodoma.—José María Vélez-Gomara es el primogénito de una familia blasonada. La madre, activa y menuda, murió dejando la casa sin timón. El padre, de gigantesco cuerpo, halló un día premeditada muerte en un cochecillo minúsculo pintado de rojo, y sus hijos cobraron la póliza del seguro, con lo que el problema económico quedó zanjado para los huérfanos. La nobleza de la estirpe y el sacrificio del corpulento padre hicieron en derredor de los descendientes una atmósfera de respeto vigilada por toda la ciudad. José María cuida de sus hermanas Amparo e Isabel Luisa y de su hermano Jaime. Desde la infancia el primogénito, criado entre las hembras de la familia, gustó de los juegos femeninos, de las muñecas y vasijitas, y a la muerte de los progenitores fué la «madrecita» dulce, ordenado y persuasivo. Desvivíase por las telas finas, por los menesteres caseros: costuras y bordados entretuvieron sus ocios.

Así iba deslizándose la vida inconsciente del «error de Dios». Pero en una representación de circo se le reveló súbitamente la tragedia de su carne y de su instinto. Fué ante el cuerpo hercúleo del atleta masculino enmallado en colores de frutas. En la alta noche, recluido en su alcoba en la durmiente compañía de su hermano Jaime, José María «se incorporó y en la luna del armario vió con ira, cual si se tratara de un personaje desconocido hasta entonces, su faz y su tórax. La piel impúber, las formas túrgidas, completaban la imagen ya anticipada por el pensamiento. Un halo ambiguo de carne y de

formas indecisas entre los dos sexos, diferenciaba su torso del velludo de Jaime. Equívoca dejadez afinaba las facciones; la boca participaba de algo de la de sus hermanas; en las violetas de las ojeras el verdor de los ojos tenía un rayo anormal triste. Y por esa tristeza el odio se fué trocando poco a poco en lástima. Hubiera querido desdoblarse, volver sobre el resto de su pobre ser lo mejor de sí, para acariciarse y consolarse. ¡Pero no: esa ansia de consuelo y caricia era femineidad también!... José María acometido de una debilidad inmensa, sintiéndose completo en las dos mitades sexuales que cobijaban sus dos nombres, ocultó la cabeza debajo de la almohada y se puso a sollozar sin ruido. No lloraba por él, sino por sus antepasados, por sus hermanos, por los hijos que ellos pudieran tener a los cuales iban a legarles un nombre sucio. Su llanto es ese llanto silencioso, casi subterráneo, de las madres».

Mas José María se propuso triunfar de su sino desviado—que el José venciera al María—y reemplazó las finas telas interiores por burdos tejidos; se impuso rudas sesiones de gimnasia, baños de sol que curtiesen su piel suave, aprendió a fumar y quiso tener novia. Cada intento traía en pareja fatal un fracaso nuevo.

Por fin casaron las hermanas; Jaime, lejano y casi olvidado, navegaba por mares remotos. José María obtuvo de la casa comercial en que ya desempeñaba funciones de jefe un permiso dilatado y marchó a París. Atrás quedaba la ciudad celosa de su nobleza, y en Francia, desconocido y libre, ningún deber frenaría sus instintos. Se aproximaba el instante: José María iba, al fin, a ser él mismo, a dejarse llevar por su destino. Pero cuando descendió al portal del albergue elegante, proa a su instinto, una carta le esperaba. En la estación del ferrocarril subterráneo la lectura de la misiva imprevista mató la monstruosa flor de sus

Luis Jiménez de Asua

propósitos. El cuñado le escribía con noticias de negocios y recomendaciones de conducta. Era como si toda la ciudad le hubiese escrito para sacarle del olvido. Recordó entonces el suicidio enmascarado de su padre.

El tren metropolitano salía del túnel. Dió un traspies. «Un largo estrépito de hierros y de gritos pasó sobre su carne virgen e impura.»

Interpretaciones modernas del homosexualismo.—Alfonso Hernández Catá nos ofrece en esa historia triste y conmovedora un documento humano de valor superlativo. El novelista sabe que el relato nada gana con citas científicas; pero su prosa aligera está cimentada en las más modernas concepciones biológicas. El edificio de su ficción denuncia vastísima cultura. La obra elegante tiene tras sí muchas noches de vigilia consagradas al estudio del asunto.

Catá nos demuestra la naturaleza congénita del homosexualismo, que ya Platón adivinó cuando dijo poéticamente que el ser masculino era producido por el sol, el femenino por la tierra y el tercero, que participa de los dos sexos, por la luna que tanto tiene de tierra como de sol.

Los modernos sexuólogos han iluminado con el potente foco de la endocrinología las cuestiones homosexuales, demostrando su origen orgánico, hasta el punto de que el antiguo concepto de «psicopatía sexual», consagrado por Krafft-Ebing, ha sido substituído por el de «patología sexual», que alcanza su máximo acierto en la obra admirable de Magnus Hirschfeld. En España Gregorio Marañón, que en estos últimos años centra sus preocupaciones en el problema de la vida de los sexos y que ahora está en trance de lanzar una obra condensadora de su faena de dos lustros sobre la «intersexualidad», afirma que «toda forma de inversión sexual corresponde a una inversión orgánica propia.»

Consecuencias jurídicas.—Los científicos, conscientes de la obscura tragedia del sexo, miran con pupila enemiga las viejas concepciones penales que estimaban como hecho delictivo el homosexualismo. Los Códigos de Alemania y de Chile, al incluir en su repertorio de delitos las uniones homosexuales, legislaron de espaldas a la ciencia; lo peor es que el yerro perdura en algunos proyectos modernísimos, como el suizo, el italiano y el alemán, contra los que disparan agudos dardos críticos, médicos y sociólogos. En el segundo Congreso de Reforma sexual habido en Copenhague el último julio se condenó el proyecto de Código penal alemán de 1927 por la voz autorizada de Magnus Hirschfeld. La Asamblea declaró en su cuarta conclusión que en orden al homosexualismo, y en general a todos los problemas del sexo, el proyecto de Alemania «corresponde a las conclusiones médicas de hace cien años.»

El vulgo conoce tan sólo al invertido procaz y escandaloso; pero ignora la vida amargada de muchos hombres que luchan denodadamente contra el imperioso deseo extraviado. Gregorio Marañón debe haber oído en su vida profesional patéticas confesiones que el secreto médico ampara para siempre.

Hernández Catá encierra en las dos frases contradictorias del título de su novela *El Ángel de Sodoma* el drama íntimo de un homosexual heroico que se entregó a la muerte sin claudicar, y nos brinda, en sus páginas maravillosas, un argumento de máxima valía para extraer del área jurídica un problema de indiscutible competencia médica.

EL SANTO de los hospitales nació en familia de rústicos, hacia el lado de los Pirineos; cuidó las bestias de su padre, caminando entre el aliento del buey y el aleteo escandalosamente blanco de la gansería, y cumplió todos los trabajos que las estaciones, girando, dejan caer en la mano del campesino.

Un día su padre vendió dos bueyes para darle educación. Eligió el sacerdocio para el hijo «manso y un poco melancólico», y Vicente comentó la elección riendo:

—«Yo sé que soy muy feo para los hombres; Dios me recibirá mejor que ellos».

Feo era, con sólo la gracia de una voz suave, grata de escuchar, que era su corazón mismo, subido al abra de la garganta.

Navegando años después de Marsella a Narbona, en galera cristiana, cayeron sobre el barco los turcos y lo hicieron esclavo, junto con el resto de la tripulación. En el mercado de Túnez, Vicente, desnudo, fue ofrecido como un caballo de tirajes fuertes, expuesto en la plaza al sol neto, que ayuda para la feria, con su letrado al cuello: «Se vende». Lo voltearon los compradores, sobajándole los tendones del lomo; le abrieron la boca para verle la salud en las encías, y Vicente corrió delante de ellos probando la calidad de sus coyunturas...

Tuvo su primer amo y segundo amo, y el tercero lo trajo a Francia, donde él volvió a ser Vicente de Paul, hombre y sacerdote. Viajó hacia Roma por tocar la sepultura de los apóstoles mayores, Pedro el fundador y Pablo el sollamador de corazones.

Compartiendo en sus andanzas una habitación con un juez, le robaron a éste cuatrocientos escudos, y el hombre con profesión de juicio, entontecido por la costumbre de juzgar, que vuelve estúpido como el pecado cotidiano, lo acusó de ladrón.

Cuando volvió a Francia, fue cura de Clichy, de aldea verdadera, cuyas casas eran de paja, y allí era donde decía su misa con tales acentos en la alabanza de Dios, que los campesinos veían un ángel en medio del altar.

De su altar indigente, con sólo el sello blanco de la custodia frente a su cara, lo sacaron para llevarlo a París, y lo hicieron preceptor de tres niños nobles, hijos del gobernador de las galeras de Francia, y él les enseñó, por ganar la confianza del dueño de los condenados: así tenía él santas malicias por caminar hacia sus divinos objetos.

Cuando estuvo bien quisto del noble, fue la hora de pedirle la capellanía de los forzados de París, la cual recibió, y allí comienza el uso de la caridad, que le andaba como anda una sangre excesiva por el cuerpo, y que no se le alivió sino en ejercicio.

En las galeras del Mediodía estuvo loco de caridad y tomó el lugar del galeoto muchas veces e hizo en las calas de los barcos el hediondo trabajo de los cargadores. Así dobló su cuerpo que a los cuarenta años estaba deforme. Ahora era voluntariamente feo; pero daba no sé qué electricidades su contacto, la mano de Dios pegada a su hombre, y su presencia se sentía tan vigorosa como el sol meridiano.

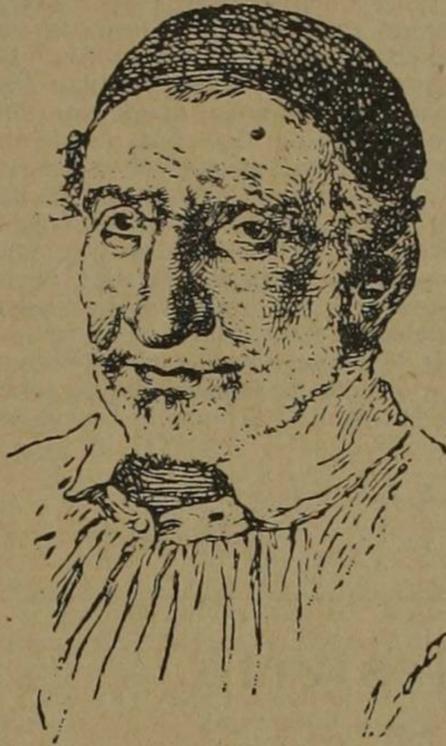
—«Se cuenta que tomáis la plaza de los forzados»—le dijo otro santo, (1) mirándole el pobre cuerpo de sobrenatural estropeadura.

—«Se cuentan tantas cosas»—le contestó sonriendo el muy pudoroso.

Vivía entonces en el París del placer y del dolor amontonados. «Gran ciudad, Monseñor,—comentaba el Santo Magnate—gran miseria». En medio del París cargado de hombres se había sentado a la manera del pescador, con la red cerca de la roca donde el enjambre de peces hace centelleo. El

Corazones franceses: San Vicente de Paul

—De *El Mercurio*. Santiago de Chile—



Moser Vicente

santo de París había perdido el silencio ayudador de la oración; dormía mal, porque el trabajo le rebalsaba el día y la agitación le comía con cuidados su corta noche.

Lo llevó al Consejo de la Regencia la Reina viuda de Luis XIII, y él aceptó, por obediencia, la honra grande, sin pensar ni por un momento que el Vicente confesor de los forzados tuviese que mudar en él cosa alguna al hacerse Vicente consejero real. De entenderlo así, iba a las sesiones con su ropa raída de pobre viejo, y sus colegas lucientes rezongaban de este modo:

—¡En qué vestimenta viene al Louvre el Padre Vicente! ¿Es que nos desprecia?

—¡Oh, Eminencia!—le contestó a uno—¡mi desprecio no es sino para mí!

Cuando alguna duquesa se dió cuenta de que las piernas hinchadas del viejo ya no le daban más para las caminatas de barrio a barrio del París grande como una provincia, le mandó una carroza con lindos caballos fogosos.

—¡Mi Dios! ¡Y es una carroza verdadera! A lo menos pongan los caballos al trabajo del Huerto de San Lázaro para que tomen un aire de bestias más humildes.

Para que aceptara la carroza, intervino el arzobispo, que sabía cómo llevaba úlceras en los pies, el trota-barrios, buscador de pobres.

Santo con el alma entera descendida a la mano, todo él una mano, que seca el pus fétido, toca la carne blanda esquivada por los otros, enjuga sangre negra y pasa de una fealdad a otra fealdad, abeja al revés, que chupa la inmundicia extendida de la ciudad enorme. Mano de hospital, tan suave que no parece de varón, y que es, sin embargo, la flor de la virilidad, porque la cosa más varonil de este mundo se llama «compasión».

Le hierven en la noche los sesos pensando en el mundo violento que le rodea, y desea más manos para la cosecha de la desgracia que es fabulosa y con la cual las suyas no pueden. Los curas andan tibios y descuidados; se regalan como los laicos y viven muchos sin heroicidad, glotones y perezosos. Se pone Vicente entonces a hacer misioneros, con el sueño de empujarlos hacia los cuatro puntos cardinales. Por él la Francia de hoy tiene la honra sin ejemplo de proporcionar, ella sola, los dos tercios de los misioneros del mundo.

Cuesta mucho hacer eso: Vicente de Paul para cada pueblo senegalés o tibetano, que den el Evan-

gelio en silabas de sacrificio y convenciendo con la catapulta de las acciones. Enseña a los jóvenes sacerdotes lo mismo que San Pablo, «la caridad primero, la caridad en seguida y la caridad después», mostrándoles huero y negro el hueso de la profesión religiosa cuando no la contiene. Unico alegato es, en la norma vicentiana, la caridad, para hincar el cristianismo en el pecho del mundo. Con ella sobra la lengua elocuente y cualquier cosa parece añadidura.

A los cincuenta años todavía no sabe descansar, como si la caridad fuese un despenadero en que no se puede parar hasta que se toca en el fondo que es la Divinidad desnuda. Cuando los huesos se le quejan dice: «¡Ah, la pobre armazón!», y sigue en lo suyo, sin darle ningún regalo de descanso. Así es como su cuerpo se vuelve como prueba enderezada de su propio fuego, lo mismo que el metal en la lámina.

Tiene escrito a la entrada del refectorio este letrado: «Dios os mira». El vive en su presencia, sin la escondedura de un minuto, más que eso, bajo la presión de Dios, como está la almendra nueva apretada por la corteza.

Cuando le han madurado algunos misioneros y que ya los ha repartido por las tierras infieles, se pone a trabajar con las mujeres, y hace esas comunidades de señoras para el auxilio de los pobres, que se multiplican todavía. No lo satisfacen las sociedades de damas, porque éstas suelen coquetear con la caridad una hora del día o un día a la semana, y se va a crear la orden religiosa para mujeres que todos conocemos y que para mí equivale a la obra de genio del catolicismo.

La cofia entra en la sala de los hospitales, la absoluta corneta sin arrugas y que tiene el ase de la flor, con el que consuela los ojos de enfermos cansados de inmundicia. Andan desde entonces taloneando por los patios con césped y los refectorios encerrados esos zapatos bajos de santas viejas, que pueden tener veinte años; andan sin parar, de la mañana a la noche. Trabajadoras de jornada completa, no de ocho sino de quince horas, ganarán menos que el último limpiador de desagües. Son un gremio también, y el primero de aquí abajo, el de los peones de la misericordia, sin un solo derecho a la repugnancia.

Se da San Vicente otro cansancio todavía: quedan los niños «por los que no ha hecho nada». París entrega cada noche doscientos o más niños abandonados que sus madres locas no quieren y que son como la resaca nocturna de la terrible ciudad. En cualquier puerta con umbral, sobre un banco de plaza en que las hojas secas ayudan al disimulo, entre dos vigas de un puente, un vajidito, una cosita tirada como la castaña en el suelo.

Vicente empieza a recogerlos, hombre sin hijos por la religión, pero, por ella misma, hombre con los hijos que a los demás sobran; ridículamente cargado de la culpa de aquellos que vuelven la cara a la paternidad «por estúpida».

A los sesenta años ha venido él a resultar recogedor en grande de criaturas ajenas, de los niñitos sin nombre que son los más verdaderos hijos de Dios y que hasta bien pudiesen llevar por apellido el nombre de Jesucristo. Le cae a las manos con los niños un regalo de limpieza, y toca ¡al fin! cosa distinta de la podre de veinte años.

Entre los niños se queda todo lo que puede de día, que nunca es mucho para el hombre de la prisa, y se extasía en un corredor de hospicio mirando al sol las patitas color de flamenco que hacen un guiño con

(1) San Francisco de Sales.

sus cinco caracolitos o unas asentaderas de melón rosado, que lava una hermana haciendo un comentario donoso, y oyen sus oídos de hospital claveteados de jayes! esas risotadas netas como palmoteo de agua. Más tarde, en las estampas, él aparecerá siempre cargando un enfermo en terciadura a la espalda, pero llevará a veces de la mano un bulto del alto de una vara de la flor de San José.

En esta faena se le acaba la vida; con olor de niño de pecho, de cabellitos apelmasados de cinco meses, y con el gesto de una manita adentro de aquellos sus ojos tan melancólicos que dice el biógrafo, se le acaban los días y se le despide el Tiempo, patrón del hombre.

Le vino un sueño pesado, el del montón de noches no aceptadas; ya no supo defenderse de él, o no lo quiso, pues éste es de

los santos que postergan a la muerte con su voluntad de penitencia. Estaba sentado y vestido en el lecho, como quien no ha despedido al día, y se le cayó la cabeza sobre el pecho con todo el peso de su trabajo de casi un siglo. Así lo hallaron las santas mujeres de la cabeza amariposada en blanco y de las dos manos le recogieron las dos herencias: los niños sin dueño que han de hacerle allá arriba algo como un cielo aparte, con hervidura separada de ángeles; y la carne numerosa que retoña cada mañana cuando se abre la puerta en los hospitales.

A pesar de los hediondos jacobinismos, laicismos y bolchevismos de 1928, bien vivo está MOSER VICENTE, cuyo nombre, en dos o tres sílabas, salta siempre en la sala de cirujía de la mujer que han abierto como un árbol y que nunca llamará Padre a Lenine, ni a M. Buisson, ni el pedante Estado lacio...

Gabriela Mistral

Madrid, setiembre de 1928.

El indio del desierto

=De *La Nación*. Buenos Aires=

CUALQUIER estudio que se relacione con el indio tiene por anticipado mi adhesión y mi atenta lectura. Ahora sería difícil explicar en pocas líneas los fundamentos de esta vocación indiana. ¿Acaso porque en mis ilusorios proyectos de chico, cuando soñaba con ir en una nave especial hasta el interior del Orinoco, contaba con la colaboración de los indígenas de lanza y taparrabo?... Lo cierto es que al recibir el libro de don Dionisio Schoo Lastra, *El indio del desierto*, espléndidamente editado por la casa Peuser, me he apresurado a leerlo con un interés sostenido.

La obra del Sr. Schoo Lastra no se refiere al indio pintoresco y romántico que mis sueños de chico solían situar bajo los palmares de las riberas del Orinoco. Se trata del indio bravo que corría en manadas, hasta hace medio siglo no más, por la infinita extensión de la llanura argentina: el indio pampa, ranquel o araucano que diera tan grandes disgustos a la población civilizada de esa llanura y que al fin hubo de caer arrollado bajo el empuje inexorable de la civilización.

El libro no es ningún prodigio de literatura; está pobremente escrito, y a veces con defectos de lenguaje propios de la persona que escribe de afición. En cambio, tiene el mérito grandísimo de narrar con sencillez y de servir, lo que no es poco, de documento informativo para quien desea enterarse de la historia del indígena pampeano. ¿Enterarse? ¿Tan difícil resulta enterarse de los caracteres, costumbres, vicisitudes, hecatombes y desastre final del indio de la llanura? Sí; es difícil, al menos en Buenos Aires. En el Buenos Aires de nuestros días el indio aparece tan remoto y legendario como en París o en Viena. Y sabido es que el porteño suele repetir convencidamente que en la Argentina no existe el problema del indio, porque no hay indios en la Argentina; las pequeñas hordas del Chaco y los pocos restos fueguinos carecen de importancia. Y a continuación llega la frase habitual: «La población de la Argentina es completamente de raza blanca».

Se comprende. El habitante de la hermosa metrópoli no ve alrededor suyo más que objetos europeos y personas europeas. La mucama que le sirve el desayuno es galléga, el hombre que le lustra los zapatos napolitano, el que barre las calles es siciliano, el que construye los ferrocarriles es inglés, el que cosecha los cereales es piamontés,

el que le compra los trajes usados es hebreo-ruso. No ve en torno más que gente europea, con algunas salpicaduras sirias. Gentes blancas, manifestaciones blancas por todas partes. ¿El resto del país? ¿Lo profundo y extenso de las provincias? Pero el habitante de Buenos Aires se distingue precisamente por una ignorancia geográfica de su propio país; ha viajado hasta Rosario, exacta reproducción de las características bonaerenses, y hasta Mar del Plata, ciudad de turismo que carece, como todas las de su género, de fuertes rasgos locales. El resto de la geografía nacional lo conoce el bonaerense a través de los libros de la escuela, de modo que en su mente la región de Salta ocupa una posición tan remota y académica como el Tirol.

El libro del Sr. Schoo Lastra nos habla de la triste epopeya del indio pampeano, y nos pone al alcance de la inteligencia los principales episodios de una historia ensangrentada, fatalmente feroz y desposeída del consuelo de un rasgo de ternura, de un gesto de poesía. Pues el destino quiso que el indígena de la Pampa no fuera más que salvaje, con todos los caracteres del salvaje a secas: sanguinario, ladrón, desleal, sensual, astuto y guerrero. Ni una modesta vocación artística; ni un cantar o una leyenda, un rasgo religioso o un asomo de literatura, una piedra tallada, algo que pudiera redimirle de su barbarie. Era el salvaje sin atenuantes. Y como además estaba ocupando un territorio fértil que Buenos Aires codiciaba, su destrucción no podía retrasarse mucho tiempo.

Lo que impresiona un poco es que la destrucción se consumase tan completamente,

tan inexorablemente. ¿No se pudo de veras llevar la guerra contra el indio en forma menos implacable? ¿Fue preciso barrer y aniquilar en masa a todos los indígenas? Buenos Aires tenía necesidad de poseer la inmensa llanura para dar entrada a los inmigrantes europeos; los inmigrantes darían precio a unas tierras que hasta entonces valían muy poco; los inmigrantes ocuparían los terrenos del indio desalojado, atraerían los ferrocarriles, producirían la revalorización de todo, y los bonaerenses verían crecer sus riquezas en forma fabulosa y automática. El salvaje de la llanura era, en efecto, un obstáculo que había vencer. ¿Pero fué, efectivamente, imprescindible su destrucción total?

En *El indio del desierto* se narran los episodios de aquella guerra con una ingenuidad que atrae la simpatía. El autor describe los encuentros, las matanzas y las persecuciones sin recurrir a ningún disimulo; no trata de atenuar la ferocidad con que los «cristianos» responden a la ferocidad de los «bárbaros», y cómo los civilizados se muestran en la operación del «degüello» casi tan magistrales como los propios indígenas. Para el autor, como para la generalidad de sus contemporáneos y compatriotas, la destrucción del indio era una operación, negocio, necesidad o deber, como quiera llamarse, que debía hacerse cuanto antes y del cual, como es lógico, no había por qué dar cuenta a las otras naciones del mundo. Era un asunto entre argentinos. No pensarían de otro modo los españoles que tomaron a su cuenta el regular trabajo de conquistar y civilizar América; también ellos tuvieron que chocar con la contumacia del indio y ser en más de una ocasión severos en sus procedimientos. Los españoles estimaron también que era un asunto privado y de necesidad inexcusable. Pero el mundo no opinaba así. A España se le anotaron en cuenta desde el principio todas las gotas de sangre india que tuvo que derramar, y aun dura la mala fama. Los americanos (descendientes directos de aquellos españoles) han secundado las voces difamatorias que se alzaron en el mundo. Y lo exacto es, sin embargo, que España no ha caído nunca en la tentación de aniquilar razas enteras, como los virtuosísimos anglosajones, por ejemplo, han solido hacer.

Al finalizar la guerra contra el indio, al quedar limpia de indígenas la gran llanura central y meridional de la Argentina, el núcleo de población reconcentrada en torno a Buenos Aires operó inmediatamente un movimiento expansivo. Ya no había que temer a los *malones* de las hordas salvajes; ya no existía la famosa «frontera» erizada de fortines. Las especulaciones y las empresas adquirieron un creciente impulso, y los inmigrantes, en fin, empezaron a llegar en grandes masas. Y este momento, que para los historiadores argentinos tiene escasa resonancia y menos interés que cualquiera batalla de las frecuentes guerras civiles, asume, no obstante, una excepcional trascendencia. Como que divide con huella profunda la historia de la Nación Argentina; como que separa a la Argentina en dos sectores históricos. La Guerra de la Independencia, al suprimir el influjo colonial, creó un nuevo carácter criollo que es como decir que surgió otra nación, otra Argentina y otra especie de patria; al desaparecer el indio pampeano y llegar las oleadas de inmigrantes, surgió también una nueva y distinta nacionalidad. En cuanto al carácter criollo, no pudo transformarse, porque lo particular de este momento histórico consiste precisamente en la desaparición del criollismo en el territorio civilizado del litoral.

Y aquí tropezamos con la idea del casticismo. El casticismo, a pesar de la juventud del Nuevo Mundo, no está ausente del alma

Nosotros

Revista mensual de Letras, Artes, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LIBERTAD N.º 747.

Exterior.....» 8.00 dólares

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

americana. Y no carecería de interés el estudiarlo en sus diversas y curiosas formas, empezando por ese un poco infantil tradicionalismo que mueve a los norteamericanos a sostener como en conserva y dentro de vallas algunos centenares de indios pieles rojas con sus plumas en la cabeza y todo. (Como animales raros en un parque zoológico). O les induce a construir en la Florida poblaciones de placer con una arquitectura más o menos auténticamente española, pintoresca determinación que a nosotros tiene que parecernos plausible y halagüeña.

En cambio, en muchos países de origen español el casticismo oculta un secreto sentido dramático. Cuando, por ejemplo, la nostalgia del pasado se remonta hasta el fondo del tiempo, hasta el estado virginal de las civilizaciones azteca e incaica. Este fervor precolonial, este culto por la vida y por las razas puramente aborígenes que la brusca llegada del conquistador hizo malograr en su auténtico desarrollo, presta al casticismo mejicano y peruano un fondo de amargura irreparable. Irreparable, porque el alma nostálgica del indianismo comprende que no existe posibilidad alguna de restituir los imperios del inca y del azteca a la forma en que hubieron de dejarlos Atahualpa y Guatimocin.

En la Argentina no existe la nostalgia indiana como en Perú y en Méjico. La nostalgia argentina opera sobre el período postcolonial, principalmente desde la Guerra de la Independencia hasta el último tercio del siglo XIX. Es la época preferida por los argentinos. En ella ocurren los episodios más gloriosos y representativos de la historia de la República, y en realidad es la única historia que cuenta y vale para los argentinos, puesto que desde el principio decidieron considerar la época colonial como no existente o como ajena y extranjera; está convenido que lo colonial pertenece exclusivamente a España. Error inspirado por el fanatismo de los primeros tiempos de la nacionalidad y que actualmente resulta innecesario y más ofensivo que nunca para la ciencia.

Esta época ochocentista, que comienza en la breve y popular guerra contra los ingleses invasores, se nutre casi exclusivamente con elementos criollos. En las poblaciones del litoral quedan algunos *godos* dedicados al comercio, y empiezan, algo avanzado la centuria, a llegar *gringos*; pero éstos no forman todavía grupos considerables ni influyen nada en la sociabilidad del país. El país está organizado a la criolla. Las familias de pura raigambre criolla (familias «patricias») son las que dirigen la política y dan tono a las costumbres, el habla, la vida entera. Se vive en criollo. Se reza y se peca a la criolla. Se tienen las virtudes y se sostienen los vicios y defectos de la raza.

¿Una raza argentina? Sí. Pero si el nombre parece exagerado, llamémosla sub-raza argentina. Un a modo de provincialismo rioplatense dentro de la totalidad del imperio español de América. Como existe un provincialismo sub-racial chileno, peruano, mejicano, antillano, etc.

La sub-raza argentina se componía de una masa popular muy mestizada, casi siempre con más sangre india que europea; una clase culta y ciudadana de origen español, pero algo teñida de sangre india (ya se sabe que las mujeres pasaban a América en una exigua cantidad); y una población bonaerense en la que se dan en abundancia las familias de pura sangre europea, por ser producto de funcionarios y comerciantes españoles establecidos en Buenos Aires en el último período colonial.

Y llega el período de la inmigración en grandes masas. Entonces se opera apresuradamente la transformación económica, étnica y paisajista de la Argentina, principalmente

en la región litoral. Desde Rosario de Santa Fe hasta Bahía Blanca, y desde el Plata, hasta el interior de la llanura, el país cambia de fisonomía, se cubre de ferrocarriles y poblaciones, queda prendido en la red jurídica de los alambrados divisorios, y en substitución del tradicional gaucho a caballo (poncho a la espalda y facón en cinto) empiezan a pulular hombres extraños que hablan en jerga, que no saben cabalgar, que son avaros y miserables, que se ponen con entusiasmo de *fellah* a arar la tierra.

Y entonces, en suma, surge esa íntima tragedia que hoy todavía no inquieta a los argentinos (Ricardo Rojas la ha sentido anticipadamente), pero que a su hora tendrá que herir el alma de otras generaciones más sensibles o menos abrumadas por la conquista de los bienes materiales.

En efecto, aquella subraza que se formó a lo largo de la época colonial y que hizo la historia, a veces romántica, a veces fratricida, pero siempre emocionante, de la República, se ha escindido en dos. Actualmente se puede decir que existen dos formaciones raciales fuertemente diferenciadas en la Argentina; que existen dos Argentinas diferentes, sin contar la Argentina de los europeos nativos. Al rededor de Buenos Aires y en una amplia esfera que abarca las tierras llanas del cereal y del pasto abundante, se ha formado una población de raza blanca, hija de europeos y con preocupaciones sociales y cultura de tipo europeo. Esta población, aglomerada en la metrópoli y en los territorios circundantes, es la que suele hacer decir a los vecinos

de Buenos Aires: «La Argentina está poblada completamente por blancos».

Pero yo he viajado lo suficiente como para comprobar a simple vista que la mitad por lo menos del territorio argentino está habitada por una población mestiza y auténticamente criolla. En Entre Ríos empieza a abundar el tipo «achinado»; en el arrabal de Córdoba y las sierras prepondera la gente mestizada, y en Corrientes y Misiones, en Santiago, Tucumán, Cuyo y la región arribeña el «achinado» está en mayoría.

Las dos Argentinas que aquí no hacemos más que esbozar, se encuentran en el fondo frente a frente. El litoral europeísta frente al provincialismo criollo. Lo adventicio e improvisado ante lo decantado y racial. Y después, y aquí salta el drama, la convicción de que esas dos Argentinas se contradicen recíprocamente; que una puede más que la otra y amenaza aplastarla. Desde luego, al decir que la Argentina es «absolutamente» de raza blanca, la Argentina del litoral está repudiando y suprimiendo la otra Argentina: la castiza y auténtica. Cuando el criollo de abolengo quiere apoyar su argentinidad en algo firme, melancólicamente descubre que en su rededor se han desvanecido las hondas y positivas esencias nacionales. Para encontrarlas necesita recurrir a la evocación histórica o desviarse algo lejos, a las provincias de economía más modesta, acorraladas y como perseguidas en una derrota... ¿irreparable? Tal vez no. Acaso hay tiempo aun para una armonía y una reintegración del razonable argentinismo.

José Mía. Salaverría

Referencias

Algunos estudios sobre la novela en México:

La novela, José López Portillo y Rojas. Estudio leído por su autor ante la Academia Mejicana, en junta de 4 de agosto de 1925, al tomar posesión de la plaza de Académico de número. México, 1926.

La Novela Mexicana, por Federico Gamboa. Conferencia leída en la LIBRERÍA GENERAL el día 3 de enero de 1914, México. Eusebio Gómez de la Puente, Editor.

Orígenes de la Novela en México, por Luis Castillo Ledón, México. Imprenta del Museo Nacional, 1922.

Algunos novelistas mexicanos, Francisco Monterde G. I. México, 1926. Prólogo de la *Monografía de novelistas mexicanos*, de don Juan B. Iguíniz, publicada por la Secretaría de Relaciones, en la serie de Monografías Bibliográficas que dirige don Genaro Estrada.

Don Luis González Obregón, Luis G. Urbina, Carlos González Peña, Nicolás Rangel, Julio Jiménez Rueda, han publicado sendas notas sobre este tema.

En 1916, Efrén Rabolledo hizo la traducción de *Intenciones*, de Oscar Wilde. El último ensayo: *The Truth of Massks*, fué suprimido. México. Porrúa Hermanos. Edición agotada.

30-30 es el nombre de una revista muy interesante, órgano de los pintores de México. Editores: Ramón Alva de la Canal, Fernando Leal, Fermín Revueltas, Rafael Vera de Córdoba. *30-30* es un periódico hecho por pintores, pero no exclusivamente para pintores. Apartado postal 1524. México, D. F.

La bibliografía más completa de Sor Juana Inés de la Cruz, se debe a la señorita Do-

rothy Schons, de la Universidad de Austin, Texas.—Monografías Bibliográficas Mexicanas, Núm. 7, México, MCMXXVII. Secretaría de Relaciones Exteriores.

Proximamente aparecerá la *La historia de la Literatura Mexicana* escrita por Carlos González Peña.

LIBROS NUEVOS:

Xavier Villaurrutia.—*Dama de Corazones*, México, Ediciones de *Ulises*. 1928. Con cuatro dibujos del autor.

Il n'est ni beau laid
il a d'autres mérites,

JEAN COCTEAU

Mi ejemplar: número 113.

Genaro Estrada. *Crucero*. Poemas. México, Editorial Cvltura, 1928. De este libro se imprimieron quinientos ejemplares en papel Warren's Olde Style Antique Wave India, numerados del 1 al 499 y uno marcado con el 0 y conteniendo los dibujos originales de Maroto. Con una litografía al offset y cinco grabados de Gabriel García Maroto.

Belle matinée, tu es
peinte sur la nuit.

P. VALERY

Mi ejemplar: Número 427

Return Ticket por Salvador Novo. Editorial Cvltura. México, 1928. Justificación. Se ha tirado de esta obra quinientos ejemplares en papel Warren's Olde Style numerados como sigue:

10 ejemplares marcados A a J en estuches de piel con un documento original del viaje de cada uno ellos.

490 ejemplares numerados 11 a 500 con-

tenidos en estuches de cartón en forma de valija.

Eté. roch d'air pur, et toi,
ardente ruche,—O mer!...

PAUL VALERY

Mi Ejemplar: Número 394:

Francisco Monterde. *Perfiles de Taxco*. Dibujos de Carlos González. Portada de Bolaños Cacho. México, 1928. Se hicieron quinientos ejemplares en papel marfil y 50 en «cameoplate» sepia.

Red. Bernardo Ortiz de Montellano. Con cinco dibujos de Julio Castellanos. Edición de *Contemporáneos*. 500 ejemplares.

Alfonso Reyes. *Visión de l'Anahuac* (1519) traduit de l'Espagnol par Jeanne Guérandel avec une introduction de Valery Larbaud et un portrait de l'auteur par Moreno Villa gravé par C. Aubert. Editions de la *Nouvelle Revue Française*, París, 1927. 500 ejemplares.

Mi ejemplar: Número 21.

La revista *Contemporáneos*. Noviembre 1928, México, publica algunas páginas para conmemorar el aniversario de la muerte de Mar-

cel Proust (París 18 de noviembre de 1922), Leed *Les Contemporains: Marcel Proust*, Editions du capitol. Gustave Pigot, Directeur, París. Y el número de homenaje a Marcel Proust. N. R. F. 1.º de enero de 1923. París.

Acaba de aparecer el tomo 12 de las Monografías editadas por la Secretaría de Relaciones Exteriores, bajo la dirección de Genaro Estrada: *Índice de Documentos de Nueva España*, existentes en el archivo de Indias de Sevilla. Tomo I, México, 1928.

Don Federico Gamboa, director de la Academia Mejicana de la Lengua, y uno de nuestros más populares novelistas, nació en la ciudad de México el 22 de mayo de 1864. Su primer libro: *Del Natural*, lo publicó en la ciudad de Guatemala el año de 1889. Murió en...

La Milagrosa vida de don José de la Borda es una lírica monografía de Taxco, escrita por Manuel Horta, con ilustraciones de Ernesto García Cabral y Carlos González.

El señor Manuel Toussaint, prepara un libro sobre Taxco.

Guillermo Jiménez

México, D. F.

Sugerimos: ¿Por qué no nos mandan páginas semejantes a éstas, los amigos, escritores que reciben el *Repertorio* en Colombia, Ecuador, Antillas, Chile, Perú, etc., etc.? ¿Por qué no nos ayudan?

¿Por qué no nos mandan fotografías (paisajes, monumentos, costumbres, etc.) de sus patrias respectivas?

¿Por qué no nos llegan colaboraciones artísticas (dibujos)? ¡Ah, si nos ayudaran sin restricciones nuestros amigos, escritores y artistas de la América Española y de España, cómo se haría de interesante el *Repertorio*! Recojamos en él a nuestra América, en su alma múltiple. ¡Ayúdenos! Gracias, Guillermo Jiménez, por el buen ejemplo que da.

Tablero

—1928—

La prensa liberal e independiente de los EE. UU. quiere saber lo que del viaje de Mr. Hoover se piensa en las naciones del Sur.

THE NATION
20 Vesey Street
New York

28 de noviembre de 1928.

REPERTORIO AMERICANO
San José, Costa Rica

Muy estimados señores:

Con motivo del viaje del presidente electo de los Estados Unidos a la América latina, la revista que suscribe desea presentar una información amplísimamente documentada del verdadero punto de vista latinoamericano. Por lo tanto les rogamos se sirvan extendernos el privilegio de publicar algún comentario suyo, sobre dicho viaje. Asimismo, les agradeceríamos indicaciones sobre cuáles personas en la República serían de prestigio y criterio significativo para los fines de este proyecto, pues se propone intensificar en la revista la atención a la vida y cultura latinoamericana y deseamos especialmente opiniones y comentarios de cultos y conocidos intelectuales, desinteresados política y económicamente.

Les adelantamos las gracias por su amabilidad y cortesía, y nos suscribimos, con toda consideración, de ustedes, attos. afmos. y S. S.,

ANITA BREUNER

Sírvase la Srita. Breuner seguir el curso del REPERTORIO en estas semanas; en él verá reflejada la opinión inde-

pendiente de los mejores diarios y revistas de la América nuestra, por la pluma de intelectuales acreditados, (porque los hay muy desacreditados cuyo parecer no vale un pito), respecto de la *jira de buena voluntad* del Sr. Hoover.

El anti-Bolívar

(¿Seguiremos siendo los Estados Desunidos de Sur América?)

«Sois un ejemplo de la *ventaja de tener varias unidades separadas* de gobierno. Hay otras *veinte naciones* en nuestro continente occidental, *cada una de las cuales* puede ser un laboratorio que *alcanza separadamente éxitos* en el método de gobierno, en la cultura y en el arte bajo *condiciones diferentes*, y de los cuales todos los demás pueden beneficiarse.»

(Del discurso de Mr. Hoover en San José de Costa Rica. Las palabras en cursiva las hemos señalado nosotros).

Ahora le preguntamos al señor Hoover. ¿La Unión saxoamericana sería lo que es hoy, si en vez de la fuerte federación actual se contarán 48 republiquetas desunidas y arrogantes, en su mayoría afligidas por el despotismo, indiferentes de su suerte común, mirándose con suspicacias aldeanas, con litigios fronterizos absurdos, con vallas aduaneras no menos absurdas, y teniendo

al nativo de California por *extranjero* en Nueva York?... Alguien nos dirá que la geografía los une a Uds. y nos desune a nosotros. Pero lo cierto es que Uds., a pesar de la geografía, nos van *uniendo*... a su modo y de conformidad con sus intereses financieros y políticos.

Editions Excelsior

La antigua casa Excelsior - 27 Quai de la Tournelle, París (France) ensanchada y reorganizada en una nueva Sociedad que se titulará Editions Excelsior va a consagrar particular atención a la vida literaria hispanoamericana, publicando versos y prosas de escritores de América y España.

Los libreros del mundo hispano-parlante con quien mantiene estrecha vinculación y los diarios de América Latina que comentan sin cesar los éxitos literarios de las Ediciones Excelsior, permiten a esta casa la más amplia difusión de la literatura de lengua española en beneficio de jóvenes escritores y de maestros consagrados.

Con los Cahiers latins y otras colecciones de la misma índole en las cuales se publican traducciones selectas, las Ediciones Excelsior llegan al más vasto público francés, es decir al público europeo que sigue orientándose por el meridiano de París.

Con los periódicos apristas

«Leí que ingresó usted al Apra. Yo también. Aquel el trabajo aprista es difícil, escabroso.

¿No cree usted que hay que esforzarse por que los periódicos apristas no exajerren en nada, y no publiquen nada que no esté comprobado? Una palabra de usted en nuestro Repertorio, sería eficaz para obtener esa ponderación.—A. MASFERRER.

(Fragmento de carta al Editor del Rep. Am.)

Fundación de un Comité Pro-Haití en Bogotá

La segunda conferencia del delegado de la Liga Patriótica de Haití, señor Joseph Jolibois dictada el lunes último en la Casa del Estudiante, causó viva impresión en todo el público que asistió a ella.

La exposición emocionada que el señor Jolibois hizo de la situación de su patria, bajo la ocupación imperialista de Norte América, logró despertar intensa sensación entre nosotros casi por completo, y esa misma noche un grupo de caballeros asistentes a la conferencia, de acuerdo con el señor Jolibois, resolvieron la fundación de un comité de acción pro-Haití, que tendrá por objeto facilitar al patriota haitiano el buen desempeño de la misión que le confió el pueblo de la isla antillana, en donde el Libertador Simón Bolívar halló en 1816 la más fervorosa acogida, y en donde Alejandro Petion lo auxilió con armas y recursos para la causa de la independencia de la Gran Colombia.

(El Tiempo. Bogotá)

Testimonio

Para que el pueblo *subsista* se abren caminos, se fundan y sostienen escuelas, se lleva el agua a las poblaciones y se organizan los servicios sanitarios. Para que el pueblo *subsista* se organiza la policía, se legisla, se administra; y fuera la más intolerable falta de lógica negarle ese carácter

de *nacional*. de primordial, a la mayor necesidad del pueblo: a la que determina, provoca y resume todas las demás, que es *subsistir*.

Subsistir, etimológicamente, significa *existir debajo*: es decir, con base y fundamento de las cosas, en la raíz misma de las cosas. Un árbol existe, porque subsisten sus raíces; un edificio existe porque subsisten sus cimientos; una sociedad existe, porque subsiste la voluntad de asociarse; nuestro cuerpo existe, porque subsisten las células que lo componen. Así, lo que realiza y garantiza existencia y persistencia de las cosas materiales, o espirituales, es la *subsistencia* de lo que es elemento de su vida. No puede existir el pueblo,—en el sano e íntegro sentido de la palabra,—si no se le aseguran las *subsistencias*: aquello que es para su existencia, primordial, vital, elemental.

ALBERTO MASFERRER

(Patria, San Salvador)

La actitud ejemplar de D. Fernando de los Ríos

Razón de Estado y Libertad individual

Excelentísimo señor Marqués de Estella, presidente del Consejo de Ministros.—Excelentísimo señor: Con reiteración penosa se suceden actos de gobierno contra la seguridad personal de individuos intachables y la separación del ejercicio de sus funciones de quienes, aun cumpliendo con la mayor escrupulosidad, incurren en el desagrado de las autoridades supremas. No puedo decir, excelentísimo señor, que esos actos del Gobierno sean ilegales, porque, para infelicidad de España, el Gobierno ha identificado su querer con la ley. Pero sí puedo y debo decir que tal actitud no deja subsistente la menor seguridad social de justicia, porque, mediante ese proceder, el respeto se tiene por merced y no como derecho garantizado.

En el caso desdichado y zafiamente ejecutado de que acabo de ser testigo en la persona caballerosa y benemérita de mi compañero en el claustro D. Gabriel Bonilla, desterrado ayer por acuerdo gubernativo, así como en el inolvidable e insólito de D. Fernando Sáinz, inspector de primera enseñanza en Granada y honor del cuerpo en que servía, se han aducido razones, privadas en el primero y públicas en el segundo, que el sentido de mi dignidad personal y de los que como yo piensan requiere y solicita que se esclarezcan. Si los motivos entonces y ahora invocados—a saber: hostilidad a la significación del Gobierno, en el primero, y desafecto al régimen y a la iglesia oficial, en el segundo,—son realmente aquellos en se fundan las resoluciones adoptadas, exíjase entonces lo que en el año nefasto de 1866: el acatamiento al régimen y a la religión oficial. Ello nos dejaría claramente emplazados ante la historia; mas tenga la seguridad V. E. de que si así se hace, el que suscribe no retendría su cátedra veinticuatro horas más, pues, por encima del amor vocacional, con ser tan alto, está para mí el homenaje a mis más íntimas y queridas convicciones.

Cada día, excelentísimo señor, se hace más irrespirable el ambiente de este país amado, donde tantas ilusiones han nacido y han muerto. Lo envenena la milenaria acción persecutoria de la organización clerical, hoy pujante y siempre propicia a ahogar la conciencia disidente. Lo envenenan la lóbrega actuación del inmenso cuerpo policiaco que ha sido lanzado sobre España y la carencia de libertad.

En nombre de la justicia, que el propio Gobierno no puede a veces por menos de invocar, ruego y suplico a V. E. que para que se desvanezca el equívoco en que unos y otros nos hallamos envueltos se haga público cuál es el criterio del Gobierno y la

manera como éste interpreta la razón de estado ante quienes profesamos, como el firmante, ideas políticas que están en pleno desacuerdo con las que simboliza el actual régimen y las instituciones monárquicas, y viviendo apartados, por muy nobles motivos, de toda confesión dogmática, sirven, sin embargo, a los fines de la cultura desde su puesto de profesor, con el empeño más entusiasta y puro y con el máximo respeto a todas las conciencias.

Firmado en Granada.—FERNANDO DE LOS RÍOS Y URRUTL

(La Nación, Buenos Aires)

Noticia de libros

La Editorial BABEL, de Buenos Aires, (Entre Ríos, 1585), con tres títulos nuevos ha enriquecido su lista de obras publicadas:

Leopoldo Lugones: *Nuevos Estudios Helenicos*,

Con esta dedicatoria: *Al eminente helenista y maestro en letras clásicas don Luis Segala y Estalella.*

Leopoldo Lugones: *Poemas Solariegos*.

Luis Franco: *Los Trabajos y los Días*. (Geórgicas).

Con este epigrafe: *...Para aquellos que cultivan las tierras fértiles en la hondura de los valles, lejos de la mar resonante.* Hes.: Los trabajos y los días.

Dos clásicos españoles últimamente editados por LA LECTURA, de Madrid:

Cristóbal de Castillejo: *OBRAS*. III.

Obras de conversación y Pasatiempo. (Conclusión).
Obras morales y de devoción.
Edición y notas de J. Domínguez Bordona.

Alfonso de Valdés: *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*.

Edición y notas por José F. Montesinos.

La misma editorial LA LECTURA, acaba de sacar un cuaderno mas de los CUADERNOS LITERARIOS, muy selectos:

Lo cómico contemporáneo y otros ensayos.

Con un retrato del autor por Timoteo Pérez Rubio.

Un servicio más nos presta la benemérita REVISTA DE OCCIDENTE, de Madrid, con la publicación de esta obra:

Harold Lamb: *Genghis Khan, Emperador de todos los hombres*.

Trad. del inglés por L. Aguirre.
De la serie muy valiosa: HISTORIA BREVE, N.º V.

Prosigue LA LECTURA de Madrid con las publicaciones del Centenario de Pestalozzi. Hemos recibido:

Cartas sobre la Educación Primaria dirigidas a J. P. Greaves por PESTALOZZI.

Dedicado el libro, a las madres en estos términos:
¿Por qué entregáis a manos extrañas una tarea tan dentro de vuestra misión que Dios y la naturaleza y vuestro propio sentimiento, con una sola voz parecen haber delegado en vosotras?

J. Raggio (Olaya 1754. Buenos

Aires, Rep. Argentina) nos favorece, en nombre de la Editorial ATLAS, con un ejemplar de la obra:

Han Ryner: *Pequeño Manual individualista*.

C. I. firma la noticia biográfica que precede el libro.

De nuestro excelente amigo Rafael Alberto Arrieta, nos llega la última de sus obras en prosa:

Dickens y Sarmiento. Otros estudios. Shelley. Dante Gabriel Rossetti. Ingres. Verhaeren, Stefam Zweig. Debussy. etc.

Edición del ATENEO. Buenos Aires. 1928.

Del escritor cubano A. Hernández Catá, en Madrid, hemos recibido:

El Angel de Sodoma. Novela. MUNDO LATINO. Madrid.

La dedica el autor a Gregorio Marañón. En esta entrega, el Sr. Jiménez de Asúa habla de tan interesante novela.

Otros autores que nos honran con el envío de sus libros:

Letizia Repetto Baeza: *La Voz Infinita*. Novela.

Con un prólogo de Díez Canedo e ilustraciones de Raúl del Solar.
Dice Díez Canedo en el prólogo:

Prólogo

Aquel poeta inglés que, de niño, se entretenía en lanzar al agua barquitos de papel, y en seguirlos con la vista hasta verlos zozobrar o perderse en la distancia, escondiéndole su fortuna postrera, me parece el mejor ejemplo para un escritor que se inicia.

Lo que apasionaba a Shelley, talvez lo haga ahora Letizia Repetto Baeza. Su primer libro es como un barquito de papel que ella entrega a una corriente sin saber a donde ésta lo llevará. No sería imposible que este libro de iniciación llegara al buen puerto Pero yo, que no lo conozco, pero sí a su autora, estoy persuadido de que a ella no le importaría verlo zozobrar, porque no habría de de faltarle para lanzar otros, ni el entusiasmo ni la esperanza. Y éste es el más hermoso dón del que escribe. Puede poner, como el jugador arriesgado, su capital entero a una carta; pero, a diferencia de aquél, si lo pierde, se encuentra de nuevo con su capital intacto. Mas no sé por qué he preferido ver en estas páginas no leídas un ensayo que iluminará las obras futuras, a un fruto en sazón plena. Quizás la extremada juventud de Letizia Repetto Baeza tenga la culpa. No es posible contemplarla como a la escritora hecha, sabia en el componer y diestra, impecablemente, en el arte de la palabra. Me agradaría más su indecisión juvenil, guiada por ese instinto certero que he sorprendido en su trato; me complacería más cabalmente, en sus pocos años, la promesa de un espléndido mañana, que la afirmación decidida, sin día siguiente.

Lector, con la misma curiosidad que tú, voy yo a leer estas páginas, las primeras que imprime en forma de libro Letizia Repetto Baeza.

Enrique Díez-Canedo

Guayaquil, (Ecuador) 1928.
A bordo del *Legazpi*.

Juan Stefanich: *La Sociedad de las Naciones y la Doctrina de Monroe*.—*La Sociedad de las Naciones*. Su misión y sus fines. Asunción. Paraguay. 1928. Son dos folletos.

Humberto Zarrilli (Soriano 1045. Montevideo): *Libro de imágenes*. Montevideo, 1928.

Este libro de poemas se inicia con este epigrafe:
Y Dios creó al hombre a su imagen.
(Genesis, I, 27)

Aurelio Velazquez (62-473. Mérida. Yucatán. México): *La canción del deseo*. Mérida. Yucatán, Mex. 1928. Versos.

Silvio Julio (Río de Janeiro, Botafogo. Real Grandeza 80, casa 5): *Historia e localismo* (Sobre os libros de ARIOSTO GONZÁLEZ) Río de Janeiro, 1928.

Se inicia el folleto con estas palabras:
Afectuosa homenagem a intelectualidade uruguaya, que ja produziu figuras excelsas como JOSÉ ENRIQUE RODÓ e JUANA DE IBARBOUROU.

Carlos Massini Correas (Larrea 1196. Buenos Aires, Rep. Argentina): *El pueblo del milagro*. Tragedia moderna. Con un prefacio del autor. Editorial MINERVA. Bs. Aires.

Pedro Erasmo Callorda: *El Uruguay y el Arbitraje limitado*. Opiniones de algunos políticos uruguayos. Editorial HERMES. Habana. 1928.

Nuestro amigo Jorge Gmo. Leguía, desde Lima, nos remite este folleto del padre, muerto el 21 de noviembre pasado:

Elogio de Bolívar, por German Leguía y Martínez. Lima. 1928.

La Editorial LA PROTESTA, Bs. Aires, nos ha dado un gran gusto con el envío de esta obra:

William Morris: *Noticias de ninguna Parte o una era de reposo*. (Capítulos para una

novela utópica). Prólogo de Max Nettlau. Buenos Aires. 1928.

La Novela Ideal, una de las publicaciones de LA REVISTA BLANCA de Barcelona, llega con estos títulos nuevos:

Federico Urales: *La mujer caída*.
Lorenzo Regalado y García: *Una aventura original*.

Dos periódicos nuevos:

Labor, quincenario de información e ideas publicado por la Sociedad Editora AMAUTA. Casilla de Correo 2107. Lima. Perú.

Extiende la buena obra de *Amauta* y lo dirige Mariátegui. Nos llegan los dos primeros números. Con artículos interesantes de Martí Casanovas, J. Oscar Cosco Montaldo, Mariátegui, etc. Muy interesante. Larga vida le deseamos.

Hostos, revista de letras, arte, ciencia. San Juan de Puerto Rico.

Editor y redactor: Emilio R. Delgado. (Apartado 520, San Juan, P. R.)—Geigel Polanco, Corretjer y otros figuran en el cuerpo de redactores. Buena gente, desde luego. Muy recomendable *Hostos*. No desmayen.

Acaban de publicarse:

José Ingenieros: *Valor de la Psicología en la Antropología criminal. Un moralista argentino. La Escuela. Socialismo y Revolución*. Recopilación hecha por el hermano del autor. Buenos Aires.

La personalidad intelectual del Maestro José M. Ramos Mejía. Su vida y su obra. Inédito. Apuntes y anécdotas. N.º extraordinario. Obra póstuma. Buenos Aires.

En dos folletos, respectivamente.

El oro argentino.—En la apariencia paradójica del adjetivo hay una grande y magnífica realidad nacional: el depósito de oro de la Caja de Conversión sobrepasó ayer los quinientos millones. Es, por decirlo así, la expresión de la vida completa de la República en el terreno económico que da fundamento inmovible a su grandeza. Aquella realidad monetaria que buscaron en la estampa del escudo la onza del año 13 y el argentino de 1881 se ha cumplido en definitiva: celebración que comprende también al clarividente acierto con que los economistas de la conversión, en un momento de superior audacia, concibieron la sustitución eficaz del patrón de oro por el del cambio a oro o sistema de la reserva metálica, que históricamente hablando fue, conforme los técnicos lo reconocen ya, una verdadera invención argentina.

Y puesto que, según lo recordábamos, el blasón de la República acuñó aquel primer oro nacional que afirmó las esperanzas iniciales de la primera constituyente, sea el hecho auspicioso de fortaleza y prosperidad que señalamos un número del aniversario en cuya víspera acaba de efectuarse.

(La Nación, Buenos Aires).

Francisco López Merino

Su fallecimiento

Ha fallecido ayer (1), de una manera inesperada, en la ciudad de La Plata, el poeta don Francisco López Merino. Era uno de los líricos más inspirados de la nueva generación; uno de nuestros artistas más sutiles del verso. Desde que publicó su primer libro, *Tono Menor*, se destacaron sus canciones delicadísimas sobre el rumor de los abras sonoros. Había en aquel pequeño volumen una serie de poemas armoniosos que revelaban la presencia de un poeta de verdad. Luego, sus composiciones aparecidas en el suplemento literario de *La Nación* confirmaron plenamente los juicios elogiosos que obtuvo con su primera obra. Los instantes fugaces, los matices casi imperceptibles, los paisajes vaporizados, hallábanse reflejados con claridad en sus estrofas transparentes. Su último libro titulado *Las Tardes*, publicado hace dos años, contribuyó a perfilar aún más su personalidad literaria.

Su espíritu sentíase atraído por el arte impecable de Verlaine, de Mallarmé y de Rodenbach; pero en sus obras trataba de libertarse de toda influencia perjudicial y de toda escuela estética. Deseaba vivir en la verdad de su corazón, según la frase conocida. No quiso vestir sus sentimientos a la última moda, ni simular fraseologías extravagantes. Prefería pulir sus estancias, como

(1) Martes 22 de mayo de 1928.

Agencia del Repertorio Americano

en Buenos Aires:

SAMUEL GLUSBERG

Entre Ríos, 1585

Buenos Aires. Rep. Argentina

Agencia del Repertorio Americano

en Santiago de Chile:

GEORGE NASCIMENTO & Cía.

Casilla 2298

Santiago de Chile

Agencia del Repertorio Americano

en México, D. F.:

AGENCIA MISRACHI

Avenida, Juárez 10.—México, D. F. México.



El traje hace al caballero
y lo caracteriza

y

La Sastrería

La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de casimires ingleses. Operarios competentes para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Frente al Pasaje Jiménez
contiguo a la Botica Oriental

San José. C. R. — Teléfono 1283

un artifice, a fin de que tuvieran una transparencia tal que su alma, como a través de ciertos lentes, surgiera más nítida y más próxima, De ahí que dijera justamente Juana de Ibarbourou «que *Las Tardes* son como un lugar donde la vida se detiene a ser clara: y el amor, otra vez, vuelve a ser tímido y casto».

Era la poesía de Francisco López Merino una poesía íntima y confidencial, un canto de vertiente ligera que corre ansiosa de profundidad. El poeta sabía describir sintéticamente un cuadro de la naturaleza y fijar una emoción fugitiva. Bastábanle así unos cuantos octosílabos para mostrarnos un paisaje:

«Cae una lluvia tan fina
que no parece que llueve...
Más bien es como el recuerdo
de otra lluvia, que florece
en la memoria de todos

callada y súbitamente.
Más bien es como el ensueño
del cielo, que se desteje
sobre los árboles quietos
del paisaje transparente...

Cae una lluvia tan fina
que no parece que llueve».

Su alma melancólica interrogaba a la naturaleza sobre los enigmas indescifrables y buscaba en la belleza la explicación deseada. Sus poemas insinuaban apenas las pasiones y las torturas de su vida, como si su pudor artístico hubiese querido transformar en versos los suspiros que contenía; pues era de esos espíritus que sólo sabemos lo que sufren por las canciones que entonan⁽²⁾.

El autor de *Tono Menor* y *Las Tardes*

⁽²⁾ De López Merino puede verse una página lírica en el tomo XII del *Repertorio*, p. 13.

muere en plena juventud, cuando la existencia le ofrecía todos sus halagos y se esperaba tanto de su labor artística. Muere rodeado de la estimación y del afecto de cuantos le conocieron, sorprendidos hoy de una manera profunda. Muere «una tarde de mayo, hermana de otras tardes muertas», según sus propias palabras, «cuando el otoño vierte su doliente llovizna y las hojas doradas caen en las avenidas».

Los restos del señor López Merino serán inhumados esta tarde a las 16 en el cementerio de La Plata, y la fúnebre ceremonia ha de dar motivo para que se exteriorice ampliamente el pesar producido por la temprana desaparición del delicado poeta.

(Nota de Pedro Miguel Obligado.
—En *La Nación*, Buenos Aires).

INDICE DEL TOMO XVII AUTORES Y ASUNTOS

- Al Smith, p. 137.
- Albertazzi Avendaño, José.—Al partir el tren, p. 163.—La locura del hielo, p. 201.—Una lápida para Manuel Briceño, p. 222.
- Alfaro, Anastasio.—Peces de agua dulce, p. 68.—Ictiología costarricense, p. 157.—Peces de río y costeros, p. 285.
- Algunas opiniones de la crítica española acerca de *El águila y la serpiente*, p. 249.
- Alomar, Gabriel.—Más que un político..., p. 23.—El recuerdo de Fray Luis de León, p. 152.—La revisión de Moratin, p. 233.—Hay dos estirpes de políticos, p. 248.
- Alvarado Quirós, Alejandro.—Dña. Auristela de Jiménez, p. 148.—Elogio de González Rucavado, p. 184.
- Alvarez del Vayo, Julio.—El plan Kellog afecta a América, p. 55.
- Alvarez, Higinio.—Ciudadanía continental latino-americana, p. 62.
- Amighetti, Frco.—Fantoques, p. 364.—Un crepúsculo..., p. 375.
- Anderson, Sherwood.—La novela perdida, p. 374.
- Andrenio.—Dos libros de Pijoán, p. 5.—El ingenio de Julio Camba, p. 121.—Anécdota, p. 232.—Los *Epigramas americanos* de Díez-Canedo, p. 296.—La República de los profesores, p. 353.—El *táxi* de la presidenta, p. 371.
- Antuña, José G.—Con Unamuno en Hendaya, p. 17.
- Arévalo Martínez, Rafael.—El hombre que parecía un caballo, p. 180.—El trovador colombiano, p. 203.—Beatitud, p. 252.—Carta abierta a Porfirio Barba-Jacob, p. 336.
- Arguedas Cabezas, Efraín.—Proyecto para que Costa Rica sea un país libre política y económicamente, p. 242.
- Argüello, Santiago.—Martí, José, pp. 120, 146 y 326.
- Arrieta, Raf. Alberto.—Lafcadio Hearn., p. 74.—Página lírica, p. 102.
- *—¿Quién derrotó a Smith?, p. 372.
- Asturias, Miguel Ángel.—El problema de límites Guatemala-Honduras, p. 228.—Antigua, *ciudad antigua*, p. 373.
- Averchenko, Arkady.—Edipo Rey, p. 61.
- Avila, José Enrique.—El sembrador desconocido, p. 275.
- Avilés, Juan Ramón.—La América Latina no vino a Nicaragua, p. 328.
- Azorín.—Su sonrisa triste. Evocación, p. 9.—Miguel de Unamuno, p. 344.
- Baeza, Ricardo.—Los *Romances gitanos* de Federico García Lorca, p. 185.
- Barba-Jacob, Porfirio.—*El hombre que parecía un caballo*, p. 168.
- Baroja, Pío.—Unas palabras, p. 297.—Amigos chapelaundis..., p. 372.
- Barcia Trelles, Camilo.—Carta, p. 34.—La africanización de América, p. 36.
- Barrera Parra, Jaime.—La revaluación del maestro, p. 13.
- Barrie, James M.—Margarita Ogilvy, pp. 259, 276, 300, 305, 339 y 363.
- Basadre, Jorge.—Carta, p. 85.
- Basterra, Ramón de.—Venezuela, p. 212.
- Bello, Luis.—Como ejemplos, p. 107.—*Epigramas americanos*, p. 296.—Sencillez y eficacia, p. 302.
- Bernal, Emilia.—Página lírica, p. 67.
- Blanco Fomona, R.—La hiena herida p. 73.—Un pequeño país y un gran Presidente, p. 193.—Hoover va a Sur América, p. 356.
- Bobia de Carbó, América.—Página lírica, p. 237.
- Borges, Jorge Luis.—*Las nietas de Cleopatra*, p. 47.
- Brenes Mesén, Roberto.—*El pueblo del sol*, p. 45.—Página lírica, p. 58.—*Palabras socráticas*, p. 107.—La razón, p. 370.
- Brum, Blanca Luz.—*Cómo se hace una novela*, p. 142.
- Brunet, Marta.—Lucho el mudo, p. 90.
- Camba, Julio.—Dos artículos, p. 121.
- Cantares quechuas, p. 318.
- Cañas, Salvador.—Unos momentos con Haya Delatorre, p. 282.
- Cardona, Jorge.—Valores intelectuales que prestigian el *Apra*, p. 325.—Confraternidad, p. 359.
- Cardona, Rafael.—*Diario de viaje de un filósofo*, p. 166.—Algunas meditaciones de *El sentido trágico del Quijote*, p. 219.—Un elogio de la clase media, p. 283.—Aristocracia y decadencia, p. 325.
- Carta de un norteamericano a Mr. Hoover, p. 317.
- Cartas, p. 19, 34, 84 y 254.
- Carrillo, Alfonso.—Rectificando, p. 255.
- Castañeda Aragón, G.—Santa Fe de Bogotá, p. 119.
- Castro, Rosalía de.—Página lírica, p. 10.
- Ciges, Aparicio, M.—Los tres sostenes de la idea, p. 66.
- Comentarios, p. 346.
- Comité pro-Sandino en Costa Rica, p. 350.
- Carta de Haya de la Torre, 275.
- Cosco Montaldo, J. Oscar.—El Uruguay en la Diplomacia internacional, p. 162.
- Coto, Rubén.—Espantos, 4.—Música, p. 100.—Las tijeras y otras referencias, p. 140.—El secretario de los amantes, p. 242.
- Creus, Isabel.—Dos poemas, p. 360.
- Cruz Santos, Camilo.—La influencia del medio ambiente en la carrera literaria de Guillermo Valencia, p. 209.
- Chiriboga, Gerardo.—*Flor de Té*, p. 165.
- Deambrosis Martins, Carlos.—La expulsión de Haya de la Torre de Guatemala, p. 230.—¿Vasconcelos, Presidente de México?, p. 313.
- Decretos, pp. 35 y 355.
- Del ideario de Omar Dengo, p. 310.
- Delacé Ramón, Altagracia.—Poemas de un dolor extrangulado, p. 293.
- Delmar, Serafín.—Interpretación social del arte en América, p. 122.
- Dell, Robert.—La leyenda de Poincaré, p. 297.
- Dengo, Omar.—Diálogo, p. 314.
- Díez-Canedo, Enrique.—Página lírica, p. 299.
- Dominguez, Mía. Alicia.—El hermano ausente, p. 109.
- Duhamel, Georges.—De los placeres y el juego, p. 30.
- Edwards Bello, J.—Los ex-chilenos, p. 154.
- Eguren, José M.—Sus mejores poesías, pp. 123, 133, 164, 342 y 362.
- El discurso de Hoover, p. 357.
- Ella.—No fornicarás, p. 92.—Vengo del Eterno y a él voy, p. 263.
- En El Salvador hay censura, p. 322.
- En viaje para la América Latina, p. 326.
- Espinoza, Enrique.—Ilya Ehrenburg, p. 12.
- Esquivel de la Guardia, Lola de.—La Dra. Isabel Creus, p. 360.
- Estrada, Rafael.—A Enrique Hine, p. 277.—Sueño blanco, p. 322.
- Fabela, Isidro.—El terror en Venezuela, pp. 165, 179 y 199.
- Fabila, Alfonso.—Bulmaro la Brea, p. 101.
- Fernández de Castro, J. A.—Nada más que 1 hombre, pp. 56 y 77.
- Fernández Guardia, Ricardo.—La medalla.—p. 234.
- Fernández Montúfar, J.—Ante el Escudo de Cartago, p. 244.
- García Lorca, Federico.—Página lírica, p. 188.
- García Calderón, Francisco.—Panamericanismo limitado, p. 81.—Nuevo aspecto del panamericanismo, p. 177.—El Presidente del Paraguay, p. 194.

- García Monge.—El Dr. Tijerino nos hace unas preguntas, p. 327.
 Garnier, José Fabio.—Un drama de Anatole France, p. 69.
 George, Stefan.—Página lírica, p. 218.
 Giménez Caballero, E.—Gabriel Miró, p. 27.—El pedagogo Lorenzo Luzuriaga, p. 33.—Luis de Zulueta, p. 129.—Las maletas de Keyserling, p. 167.—De París-Ceinture a Rusia, p. 312.
 Gómez de Baquero, E.—Pérez de Ayala en la Academia, p. 57.—*El pueblo maravilloso*, p. 108.
 Gómez de la Serna, Ramón.—José Ortega y Gasset, p. 270.
 González Flores, Alfredo.—Mitad libres y mitad esclavos, p. 225.
 González, Luisa.—Aprismo, p. 343.
 González, Manuel Pedro.—José Pijoán, p. 195.
 Guerrero, José Gustavo.—La Delegación salvadoreña en la VI Conferencia Panamericana, pp. 97 y 117.
 Guevara, J. Guillermo.—Mensaje de *La Sierra*, 173.
 Guillén, Alberto.—Haya Delatorre ha dicho verdad, p. 151.—El cancionero del mal amor, p. 319.—Pañuelo de Verónica, p. 235.—Cain y Abel en una niña, p. 373.
 Haya De la Torre.—Del Cuzco salió el nuevo verbo, etc., p. 6.—Autobiográfica, p. 50.—Protesta, p. 170.—Una rectificación y una denuncia, p. 200.—Ratificando mi carta anterior, p. 283.
 Hernández Catá, A.—La sombra de Wilde, p. 374.
 Hidalgo Alida, María.—Página lírica, p. 165.
 Hine, David.—El lucero, p. 21.
 Hispano, Cornelio.—La bella realidad de la *María* de Jorge Isaacs, pp. 329 y 350.
 Homenaje a Rafael Alberto Arrieta, p. 105.
 Homenaje a Mía. Ester Amador, p. 104.
 Hombro contra hombro, p. 335.
 Ibarbourou, Juana de.—Profesión de fe, p. 291.
 Insúa, Alberto.—La buena reforma de Herriot, p. 302.
 Jiménez, Auristela de.—Página lírica, p. 149.
 Jiménez de Asúa, Luis.—Pasión y muerte de José María Vález-Gomara, p. 376.
 Jiménez, Guillermo.—Referencias, 379.
 Jiménez, Max.—Relojes, p. 243.—Apreciación, p. 271.—Página lírica, p. 323.—Nuestra apatía, p. 347.—Amanecer en el Golfo, p. 373.
 Joiibois fils, J.—El Sandino haitiano, p. 178.
 Juana de Ibarbourou y el grupo aprista femenino de Costa Rica, p. 333.
 La EDAD DE ORO: Dunsany, Lord.—Días de ocio en el país del Yann, pp. 15, 31, 95 y 111.—Un sueño, por Sully Prudhomme, p. 223.—La jornada del Marañón, por Horacio Quiroga, p. 223.—De la cabuya y del henequén, por G. Fernández de Oviedo, p. 223.—Astronomía legal, por Silverio Lanza, p. 224.
 La nacionalización de la fuerza eléctrica, p. 226.
 Labarca H, Amanda.—Meditaciones breves, pp. 103, 190, 263, 273, 294 y 353.
 Laguado Jayme, Francis.—*Música sencilla*, p. 20.—Pocaterra, el panfletario, p. 250.
 Lee, Enrique H.—Carta, p. 349.
 Lenoval, Emil.—El trágico crescendo de la sinfonía de una gran vida, p. 344.
 Leuchsenring, Roig de.—Sólo Sandino representa a nuestra América, p. 217.
 Lizaso, Félix.—La lección de Guiraldes, p. 40.
 Lugo, Américo.—Sandino, p. 26.
 Lugones, Leopoldo.—Carta, p. 83.—El canto de las provincias, p. 161.—Los indólatras, p. 358.
 Lyra, Carmen.—El paso de Haya de la Torre por Costa Rica, p. 266.—El libro de Max. Jiménez, p. 340.
 Machado, Gustavo.—Carta, p. 19.
 Machón Villanova, Frco.—Por la verdad, p. 231.
 Madariaga, Salvador de.—*La agonía antillana*, p. 83.—De Monroe a Wilson, p. 294.
 Mañach, Jorge.—América: vocación de crisol, p. 167.
 Mariátegui, José Carlos.—Denunciando calumnias, p. 139.—*Los Artamonov*, p. 142.
 Marinello, Juan.—Juventud sin juventud, p. 52.
 Martín, Ernesto.—Francia y la cultura greco-latina, p. 151.
 Masferrer, Alberto.—Con Haya de la Torre, p. 200.—No hay tal Doctrina Monroe, p. 202.—Carta a Esteban Pavletich, p. 262.—Denuncia de Haya de la Torre, p. 339.—Él llega, p. 356.
 Maya, Rafael.—Página lírica, p. 86.
 Mejía, Nieto A.—El color de un país..., pp. 251 y 292.
 Melian Lafinur, Alvaro.—Las viñas de Engadí, p. 42.
 Milanés, Adolfo.—A Blanca Milanés, p. 319.
 Miró, Gabriel.—La niña del cuévano, p. 25.
 Mistral, Gabriela.—Si Napoleón no hubiese vivido, p. 2.—Libros escolares complementarios, p. 24.—Página lírica, p. 39.—Una nueva organización del trabajo, p. 53.—Sobre Marta Brunet, p. 89.—Los derechos del niño, p. 106.—Página para Pedro Salinas, p. 198.—Agrarismo en Chile, p. 337.—Corazones franceses: San Vicente de Paul, p. 377.
 Morales, Ernesto.—Página lírica, p. 248.
 Morales, María Luz.—Ellas y Pestalozzi, p. 328.
 Moravia Morpeau, Huos.—El vuelo de Fierro, p. 138.
 Naranjo, Enrique.—El sentido de la inferioridad, p. 274.
 Nieto Caballero, L. E.—Juana de Ibarbourou, p. 289.—Colombia y Hoover, p. 348.
 Noticia de libros, pp. 20, 45, 82 y 107.
 Onís, Federico de.—Resurrección de Arévalo Martínez, p. 169.
 d'Ors, Eugenio de.—Glosas, p. 217.
 Ortega y Gasset, J.—Pedagogía de secreciones internas, pp. 115 y 132.
 Pacheco, León.—En el centenario del conde León Tolstoi, p. 281.
 Pallais, A. A.—Página lírica, pp. 214 y 373.
 Pavletich, Esteban.—Carta, p. 19.—Aún llevamos plumas, p. 64.—Compañeros, p. 172.
 Pena, Leonardo.—Estado de alma de las juventudes actuales, p. 257.
 Pereyra, Carlos.—Pistolas, fusiles y consejas, p. 183.
 Picado T., C.—Nueva quimera, p. 190.—Prolongación de la vida en la mariposa de la seda, p. 284.—Isoprecitinas experimentales de joven contra viejo, p. 293.
 Pocaterra, Rafael.—Cartas hiperbóreas, pp. 153 y 357.
 Pijoán, José.—Esto ocurrió antaño, etc. p. 11.—Caciques, reyezuelos y faraones, p. 38.
 Portal, Magda.—El nuevo poema y su orientación, etc. pp. 245 y 268.—A Juana de Ibarbourou, p. 295.
 Prado, Pedro.—Sobre Gabriela Mistral, p. 153.
 Restrepo, Carlos E.—Algunas ideas sobre empréstitos, p. 369.
 Rodríguez de Cornick, Corina.—*De la entraña*, p. 174.
 Rodríguez, Cristián.—Amigo y educador, p. 355.
 Rojas Paz, Pablo.—Elogio de López Merino, p. 361.
 Rolland, Romain.—La respuesta de Asia, p. 145.
 Rosenberg, Arturo.—La ley frumentaria de Cayo Graco, p. 87.
 Sabas Alomá, Blanca.—Amanecer, p. 46.
 Salado Alvarez, V.—Más sobre Díaz Mirón, p. 280.
 Salas Pérez, J. J.—Elogio de González Rucavado, p. 184.
 Salaverría, José María.—El indio del desierto, p. 378.
 Salazar y Chapela, E.—*Tragedias grotescas*, p. 82.
 Salinas, Pedro.—Página lírica, p. 197.
 Sánchez Azcona, Juan.—La emancipación económica de Costa Rica etc., etc. p. 321.
 Sánchez Bonilla, Gonzalo.—Gráficas de productos notables, p. 93.
 Sancho, Mario.—Cartas, pp. 34 y 84.
 Sandino, A. C.—Carta, p. 19.—Actual estado de cultura del campesino segoviano, p. 241.—Carta abierta a los actuales Gobiernos etc., p. 324.—Carta abierta, p. 341.
 Sanín Cano, B.—El ciudadano de Hispano-América, p. 49.—El espíritu de los tiempos, p. 72.—Rafael Maya, p. 88.—Más vale así, p. 125.—Ni superiores ni inferiores, diferentes, p. 155.—Un estado de espíritu continental, p. 172.—No es posible abstenerse, p. 202.—El punto de partida, p. 232.—El extranjero, p. 343.
 Santa Cruz, Mario.—Sandino o el patriotismo, p. 119.
 Schuller, Rudolph.—Guillermo Valencia, p. 40.—Un aventurero italiano en México, p. 127.
 Seoane, Ml. A.—Condonación de la deuda de guerra etc... p. 254.
 Sepúlveda, Luis C.—Mencker, el iconoclasta, p. 113.
 Solano, Armando.—*Coros de mediodía*, p. 82.
 Soriano, Rodrigo.—Imperialismo, p. 65.
 Sotela, Rogelio.—Gracia plena, p. 7.—Se ha revelado un poetisa en Cuba, p. 237.
 Storni, Alfonsina.—Sierra, p. 373.
Tablero (1928).—Pp. 15, 22, 48, 64, 71, 94, 110, 126, 158, 175, 191, 207, 221, 238, 255, 271, 287, 303, 319, 333, 365 y 380.
 Tejera, Humberto.—El saludo de Barbusse a Sandino, p. 267.
 Torres, Elena.—Del poliedro americano, p. 169 y 211.
 Torres, Eugenia.—Dos poemas, p. 70.
 Torres Bodet, Jaime.—El centenario del Romanticismo, p. 258.
 Torres Rioseco, Arturo.—A los amigos de Rubén Darío, p. 35.—Apostillas, p. 359.
 Triana, Miguel.—La fiesta de San Isidro Labrador, p. 159.
 Turcios, Froylán.—*Ariel* y el imperialismo yanqui, p. 116.
 Umaña Bernal, José.—Rafael Maya en la Literatura continental, p. 361.—Un aplauso a Mr. Lee, p. 333.
 Ugarte, Manuel.—Sólo Sandino representa a Nicaragua, p. 38.
 Unamuno, Miguel de.—Página lírica, p. 28.—¿Existe una literatura proletaria?, p. 338.
 Uribe, Eduardo.—*Música sencilla*, p. 20.—Un aplauso, 254.
 Valcarcel, Luis E.—El Inka rubio de Paukartampu, p. 92.
 Valencia, Miguel Santiago.—Con Ramón Gómez de la Serna, p. 163.
 Valle, José.—La carta, p. 279.
 Varios.—**In memoriam**. (Omar Dengo), p. 306.
 Vasconcelos, José.—El genio en Ibero-América, p. 8.—Rimadores y profetas, p. 21.—La reducción de los presupuestos, p. 354.
 Vela, Fernando.—1916-1928, p. 164.
 Vicuña, Carlos.—Una oda de Horacio, p. 13.
 Zamora Elizondo, Hernán.—Venganza, p. 198.
 Zegri, Armando.—Carta, p. 34.—Mecenas de Wall Street, p. 37.
 Zeledón, José Mía.—La conferencia de Haya de la Torre, p. 230.—Voces patrióticas..., p. 351.
 Zuazagoitia, Joaquín de.—Ramón de Basterra, p. 217.
 Zulueta, Luis de.—Dos artículos, p. 130.